

La Ilustración Artística

Año XXXIV

BARCELONA 8 DE NOVIEMBRE DE 1915

Núm. 1.767

LA GUERRA EUROPEA. - LA PRENSA DE PARÍS EN LAS TRINCHERAS FRANCESAS



Vendedor de periódicos en el frente francés, dibujo de Federico Villiers, corresponsal artístico en el frente occidental de la revista *The Illustrated London News*

Los soldados franceses que luchan en las trincheras pueden leer diariamente los periódicos que se publican en París, para lo cual se ha organizado un servicio especial de vendedores que recorren la línea de batalla.

De este modo se enteran de lo que ocurre en los demás teatros de la guerra y siguen paso

a paso las peripecias de esta tremenda lucha en la que ellos son unos de tantos actores.

El adjunto grabado permite formarse idea de la alegría con que aquellos heroicos combatientes reciben los diarios, cuya lectura es una distracción y un lenitivo a las penalidades que tan valientemente soportan.

SUMARIO

Texto. — *La cinta azul*, por Juan B. Enseñat. — *Leso cantor*, por Amalia Puga de Losada. — *Madrid. Exposición de obras de los pensionados por el Círculo de Bellas Artes.* — *La guerra europea.* — *Barcelona. Incendio del Teatro Principal.* — *D. Leopoldo Matos y Massieu.* — *Madrid. Homenaje a Sor Teresa Viver.* — *¿Más fuerte que el amor?* (novela ilustrada; continuación). — *Barcelona. Salón París. Actualidades artísticas.* — *Madrid. Inauguración del Club de Exploraciones.* — *Barcelona. Visita del exministro Sr. Bergamín.*

Grabados. — *Vendedor de periódicos parisienses en la línea de batalla francesa*, dibujo de F. Villiers. — *Dibujo de Mas y Fondevila, ilustración a Leso cantor.* — *Fior de otoño*, cuadro de J. de Nittis. — *Madrid. Salón de Arte Moderno.* — *La guerra europea* (cinco fotografías). — *El primer hijo*, cuadro de L. Campbell Taylor. — *El primer disgusto*, apuntes por Urgellés. — *Descanso en la vinya; Familia de pescadores*, tablas de Mariano Fortuny. — *D. Leopoldo Matos y Massieu.* — *Notas de actualidad de Barcelona y Madrid.*

LA CINTA AZUL

Varias niñas de la colonia veraniega jugaban en el jardín de un vasto hotel amueblado, que anualmente alberga, de julio a septiembre, a media docena de ricas familias barcelonesas, y cuya blanca mole se destaca sobre espeso pinar al extremo superior de un pueblo situado en una de las comarcas montañosas más pintorescas de Cataluña.

Las niñas, cuyas diversas edades variaban entre los diez y los catorce años, se entretenían jugando a diferentes industrias y comercios, en que la imaginación transformaba lonjas de patata en tocino, pedazos de zanahoria en filetes de buey, arena en arroz, y rodajas de hoja de lata en pesetas.

Sentado solo en un banco del jardín, Luisito, mozalbete de unos catorce años, contemplaba con vivo interés el animado cuadro que ofrecía el tráfico de las tenderas, entre las cuales llamaba particularmente su atención una vivaracha pastelerita, de la misma edad, que respondía al nombre de Carmen.

A juicio de Luis, no había en el mundo niña más linda, más graciosa, ni más pizpireta que aquella confectionadora de pasteles, que ponía las manos en la masa con la habilidad de una mujer hacendosa y limpia, sin mancharse la ropa en lo más mínimo.

La familia de Carmen y la de Luis veraneaban en el mismo hotel, pero no se trataban, porque reinaba entre la madrastra de la niña y la madre del niño una profunda antipatía.

Tímido y discreto, Luisito miraba jugar a las niñas sin osar acercarse a ellas. Con flores silvestres cogidas en el bosque había hecho un bonito ramo que llevaba en la mano. Dominando gradualmente su timidez, abandonó el banco, se dirigió hacia el grupo de niñas y acabó por ofrecer el ramo a las pasteleras pronunciando con voz alterada por la emoción estas palabras dirigidas sobre todo a Carmen:

— Señoritas, los grandes pasteleros suelen poner flores sobre sus pasteles; tomen ustedes éstas.

— ¡Ah!, ¡sí, sí!, exclamaron a un tiempo varias tenderas; ¡así serán más bonitos!

Carmen cogió el ramo, lo miró con un gesto algo desdeñoso, y lo guardó al fin diciendo:

— ¡Gracias, muchacho!

Las niñas reanudaron su comercio sin hacer más caso del autor de aquella generosa ofrenda, que se había retirado a cierta distancia del bullicioso grupo, sintiendo que no le hubiesen invitado a tomar parte en la diversión.

Abrióse de pronto un balcón del primer piso, y una voz clara, potente e imperiosa gritó:

— ¡Carmen!, ¡a merendar!

— Voy, mamá.

— ¿Volverás?, murmuraron al oído de Carmen sus compañeras.

— No sé si mamá me dejará volver.

La madre accedió sin duda, puesto que la muchacha volvió a bajar al poco rato.

A los ojos de Luis, Carmen era un modelo de gracia y de corrección. Tanto si bajaba al jardín de trapillo, como si, en los días de fiesta, se escapaba un momento para dejarse ver ricamente ataviada, el muchacho la encontraba deliciosa; pero la prefería en su traje de diario, más en armonía con la sencillez e ingenuidad de la muchacha.

Ésta era esbelta, flexible, ágil, de estatura más que regular para su edad — rayaba entonces en los catorce años, y esto ocurría hace dos lustros —. Su rubia cabellera, recogida en la nuca, dejaba a descubierto su rostro expresivo, de líneas correctas, y su noble frente en que resplandecía la inteligencia.

Su ingenuidad no estaba reñida con la perspicacia, y en su travesura había a veces un fondo de malicia de buena ley. Toda su persona adquiría aires seráficos en presencia de las mayores de edad, y se mostraba endiablada en sus juegos.

La ingenua muchacha no era de una docilidad

ejemplar. Al menos así lo hacían suponer las voces de reconvencción, los pataleos, los lloros y los gritos que de vez en cuando se oían en las habitaciones de sus padres. Los más enterados deducían que la pobre Carmen sufría los malos tratos de su madrastra.

Una tarde bajó llorando al jardín. Luis estaba allí solo y notó que la niña buscaba algo, con visible atolondramiento, y se enjugaba furtivamente las lágrimas mientras procedía a su pesquisa.

— ¿Ha perdido usted algo, Carmen?, se atrevió a preguntarle Luis desde cierta distancia.

— Mi sombrero, contestó ella con voz ahogada por el llanto.

El sombrero extraviado era un simple sombrero de paja que la niña llevaba en sus excursiones campestres. Luis empezó a buscarlo por el jardín.

Ya lo habían registrado todo inútilmente, y Carmen se disponía a ir a dar cuenta de lo infructuoso de las pesquisas a su madrastra, cuando Luis descubrió el sombrero en un sótano oscuro.

Una amigueta con quien Carmen tuvo un vivo altercado lo había arrojado allí por una lumbrera.

Lo grave del caso era que estaba terminantemente prohibido bajar a aquel sótano. Y aun sin la prohibición, ningún muchacho se hubiera atrevido a penetrar en él, pues de su fondo salían misteriosos ruidos que llenaban de espanto a la gente menuda.

La llave estaba puesta, pero ningún niño había osado jamás abrir la puerta.

Luis intentó colarse por la lumbrera, pero resultó demasiado estrecha.

— ¡No importa!, exclamó; no se apure usted, Carmen; yo bajaré por el sombrero.

Y pálido, con un sudor frío en las sienes y en las manos, abrió la puerta.

El sótano era un verdadero dédalo de pasadizos y cuevas; pero, una vez dado el paso inicial, Luis siguió adelante, haciendo ceder una tras otra las puertas que se cerraban con llave o con cerrojo. Su Ariana sin hilo conductor le esperaba en el vestibulo.

Después de algunos minutos de angustiosa espera, vio reaparecer al muchacho que, desde la puerta del sótano, le dijo triunfante, agitando en la mano el sombrero de paja como un trofeo:

— ¡Aquí está!

Y se lo entregó a Carmen.

— ¡Cómo!, ¡eres tan amable, tan complaciente y tan bueno, y ni siquiera sé cómo te llamas!

— Luis.

En aquel día memorable, Carmen llevaba atados sus hermosos cabellos rubios con una cinta de raso azul. Luis llevaba también un sombrero de paja, imitación de jipijapa, sin cinta ni ribetes.

Carmen se quitó rápidamente la cinta del cabello y rodeó con ella la copa del sombrero de Luis, sujetándola con un alfiler.

— Guarda esta cinta como recuerdo, le dijo.

Le alargó la mano, y, después de estrechar la suya con efusión, se fué corriendo.

Al día siguiente, volvieron a encontrarse en el jardín.

Alborozado y risueño, Luis se acercó a la niña, pero ésta, desconcertada y temblorosa, le tuvo a distancia diciéndole:

— ¡Mamá me ha prohibido que hable contigo!

¡Terrible golpe para el impresionable muchacho! Uno de los más ardientes deseos de su vida había sido el de trabar conocimiento y amistad con Carmen, y, apenas realizada esta grande aspiración de su alma, se hundía súbitamente el hermoso castillo encantado de sus ilusiones!

Y, como si el golpe no fuese bastante rudo, Carmen le hizo saber por conducto de su mejor amiga que «si le hiciese el favor de devolverle la cinta que le había dado como recuerdo, se lo agradecería mucho y le tendría en grande aprecio toda la vida.»

La madrastra de Carmen, mujer irascible y maliciosa, había interpretado mal la excursión de Luis al sótano, atribuyendo la historia del sombrero a una astuta combinación del niño, y suponiendo que ambos eran cómplices de precoces amores.

Luis devolvió la cinta, no sin haberla besado furtivamente, y al desprenderse de aquel precioso recuerdo, le pareció que se desprendía de un pedazo de su alma.

Desde aquel día, Luis no volvió a hablar ni a ver de cerca a la que consideraba como entrañable amiga, y la privación de alternar con ella le fué dolorosa.

A últimos de septiembre, Carmen regresó con su familia a Barcelona para volver al colegio de las Damas Negras, y pocos días después, de vuelta a su vez con sus padres en la gran urbe condal, Luis ingresó en el colegio de las Escuelas Pías de Sarriá.

Transcurrieron cinco o seis años sin que los dos jóvenes amigos se vieran ni una sola vez. Sus familias vivían en círculos distintos.

Carmen era ya lo que vulgarmente se llama una real moza, y empezaba a brillar en la sociedad, rivalizando en hermosura con su madrastra, que a pesar de haber cumplido siete lustros, era aún tenida por una de las mujeres más bellas del mundo elegante.

Su aparición en el Liceo había causado sensación. Su padre, rico fabricante de productos químicos, estaba abonado a un palco de platea, delante del cual se agrupaban, en los entreactos, admiradores de su mujer y pretendientes de su hija. Esta se mostraba igualmente amable con todos, sin manifestar la menor preferencia por ninguno.

Luis, cuya aplicación al estudio corría parejas con su inteligencia nada común, había cursado en tres años las asignaturas del bachillerato y seguía con aprovechamiento la carrera de ingeniero industrial. Había visto varias veces a Carmen en el teatro, y le cabía la seguridad de que ésta, al fijarse en él, no le había mirado con indiferencia.

Transcurrieron algunos años más sin grandes acontecimientos en la vida de ambos.

A los veinticuatro años, Luis había terminado brillantemente su carrera, y su nombre empezaba a sonar en el mundo intelectual, al paso que en el mundo elegante se comentaba de mil maneras el hecho inexplicable de que Carmen, a pesar de su fortuna, que la ponía al abrigo de toda dificultad económica, y a pesar de las notorias vejaciones con que su madrastra le amargaba la existencia, no se decidiera a casarse con ninguno de sus pretendientes.

Llegó el otoño de 1914, y estalló en Barcelona la epidemia tífica que tantas víctimas causó entre la juventud más robusta.

Medió el invierno; cundió la voz de que la epidemia había desaparecido, y muchas de las familias ricas que se habían refugiado en el campo, regresaron a la ciudad, donde algunas fueron alcanzadas por el terrible azote.

Una de las víctimas de última hora fué la madrastra de Carmen, que murió dejando a ésta atacada del mismo mal y en tan grave estado que los médicos temían un funesto desenlace.

Creyéndose próxima a morir, la joven suplicó a su padre que la dejasen un momento sola con él; rogóle después que le trajera un estuche forrado de raso blanco que tenía cuidadosamente guardado en su secreter, y le manifestó que no quería cerrar para siempre los ojos sin hacerle una confesión y un postre encargo.

La confesión consistió en la historia del sombrero de paja sacado del temible sótano por Luis, y de sus inocentes amores con el héroe de tan noble hazaña, amores que con los años se habían ido transformando en un sentimiento más serio, que invadió su alma hasta llenarla por completo, sin que en ella cupiese ya otro amor en su vida.

Abriendo luego el estuche, sacó de él un ramito de flores silvestres atado con una cinta azul, y dijo a su padre con mirada extática y vibrante emoción:

— El supremo encargo que deseaba hacerme es que mandes hoy mismo a Luis este ramo y esta cinta. No quisiera morir sin saber que han llegado a sus manos.

— Aunque es infundado el peligro en que te crees, tu voluntad será cumplida en el acto.

Carmen pidió un lápiz y una hoja de papel y trazó con mano trémula dos líneas que acompañaron el envío.

Aquel mismo día, el joven ingeniero recibió un paquete que contenía el estuche con las flores, la cinta azul y la misiva así formulada:

«Esta cinta pertenece a D. Luis X... desde el 12 de agosto de 1891. Se la devuelve a la hora de la muerte su amiga de un día... y de una eternidad. — Carmen ***.»

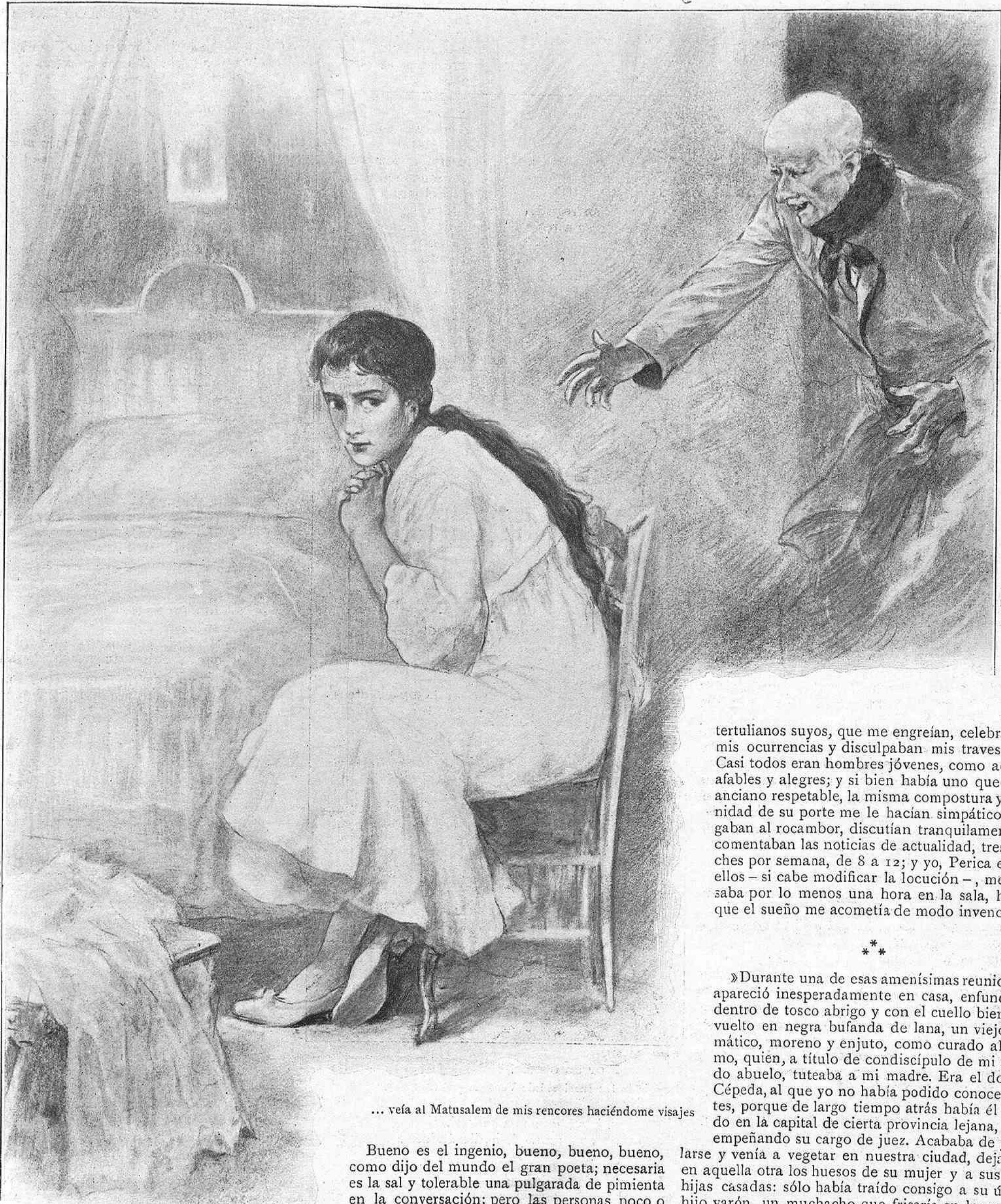
Luis besó el lazo y el escrito; vertió lágrimas de profundo dolor; corrió a casa de Carmen, donde fué cariñosamente recibido por el padre; se le permitió ver a la enferma, y ésta, como si la presencia del hombre amado le hubiese dado fuerzas para resistir al mal, experimentó una mejoría que fué progresando hasta la curación completa.

Seis meses después, Luis era esposo de Carmen y director de la fábrica de productos químicos de su suegro.

JUAN B. ENSEÑAT.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LESO CANDOR, POR AMALIA PUGA DE LOSADA (peruana), dibujo de Mas y Fondevila



... veía al Matusalem de mis rencores haciéndome visajes

Aquella tarde invernal, entre sorbo y sorbo de riquísimo te inglés, charlábase animadamente en la aristocrática recepción de confianza de la señora de Morel, mientras afuera caía una lluvia menuda y tenaz, que, observada desde el fondo del aposento, hacía la impresión de transparentes de cuentas vítreas colgados en el hueco de los balcones. Se hablaba de chocarrerías insoportables y chanzas pesadas, y se vituperaba en justicia a los graciosos de salón, plaga social destinada a molestar y dar cansera a los infelices con quienes se rozan; bufones retrasados, que no tienen razón de ser en nuestros días, cuando el lugar que antaño ocupaban en las cortes les ha sido usurpado por perros de estimación, como el favorito César de Eduardo VII, verbigracia.

Bueno es el ingenio, bueno, bueno, bueno, como dijo del mundo el gran poeta; necesaria es la sal y tolerable una pulgarada de pimienta en la conversación; pero las personas poco o nada circunspectas, que llevan todo asunto por el cauce de la broma, se convierten en perpetuos arlequines, anulándose para las cosas serias y graves de la vida, que son tantas. Y así, más o menos, opinaban los concurrentes.

— Que no se trate de jocosidades despampanantes y machaquerías abrumadoras en mi presencia, porque ninguna peor que la experimentada por mí en tierna edad, dijo la joven e interesante señora de Guadil exhalando un hondo suspiro, en que se condensaban los recuerdos del más atroz padecimiento.

Y acompañando sus palabras de un expresivo ademán de su bella mano enjoyada, que describió una curva fosforescente en la penumbra de la estancia, añadió:

— Voy a referirla.

«Era yo una parvulita de siete a ocho años y solía retozar en medio de los amigos de mi padre, asiduos

tertulianos suyos, que me engreían, celebraban mis ocurrencias y disculpaban mis travesuras. Casi todos eran hombres jóvenes, como aquél, afables y alegres; y si bien había uno que otro anciano respetable, la misma compostura y dignidad de su porte me le hacían simpático. Jugaban al rocambor, discutían tranquilamente y comentaban las noticias de actualidad, tres noches por semana, de 8 a 12; y yo, Perica entre ellos — si cabe modificar la locución —, me pasaba por lo menos una hora en la sala, hasta que el sueño me acometía de modo invencible.

* * *

»Durante una de esas amenísimas reuniones, apareció inesperadamente en casa, enfundado dentro de tosco abrigo y con el cuello bien envuelto en negra bufanda de lana, un viejo asmático, moreno y enjuto, como curado al humo, quien, a título de condiscípulo de mi finado abuelo, tuteaba a mi madre. Era el doctor Cépeda, al que yo no había podido conocer antes, porque de largo tiempo atrás había él vivido en la capital de cierta provincia lejana, desempeñando su cargo de juez. Acababa de jubilarse y venía a vegetar en nuestra ciudad, dejando en aquella otra los huesos de su mujer y a sus dos hijas casadas: sólo había traído consigo a su único hijo varón, un muchacho que frisaría en los veinte años.

»El doctor Cépeda fué recibido por mis padres y los caballeros circunstantes con una salva de afectuosas bienvenidas. Una vez calmado el entusiasmo de los primeros momentos, me presentaron al recién llegado, trayéndome, para efecto, del rincón en donde me había escondido, al amparo de una consola, con timidez cervical, en mí inusitada, como si el corazón hubiera querido advertirme de un peligro inminente.

»Luego que el viejo me tuvo a su alcance, me cogió la barba con su diestra seca y fría, y riendo con toda su boca desdentada, dijo, en voz afónica y desagradable:

» — ¡Qué bonita chica tienen ustedes!.. ¡Este pím-pollo es para mí!.. Yo vengo viudo, y esperaré con paciencia hasta que ella crezca. ¿Me otorgan ustedes su mano?

» — ¡Con mucho gusto!, contestaron a una los autores de mi existencia, llevando adelante la malhadada chanza, por urbanidad.

» Yo quedé como petrificada al escuchar semejantes palabras, cuyo verdadero significado no podía apreciar por completo. Desde ese instante el abominable vejistorio empezó a llamarme «su novia», obligando, asimismo, al mocetón de su hijo a tratarme de «madrastra»; y también desde ese instante se nubló, ¿qué digo?, se encapotó el cielo de mi niñez, antes tan diáfano, y comencé a sentirme profundamente desgraciada. Todos mis infantiles goces vino a turbarlos la indiscreta y constante broma del truhán senil, a quien yo detestaba más que al rojo dragón de la capilla de San Miguel Arcángel, en donde nosotros oíamos misa todos los domingos y fiestas de guardar.

» Mis padres, ante quienes no fui capaz de confesar mi tribulación, por una especie de pudor instintivo, tampoco tuvieron la sagacidad de adivinarla, ni menos, por consiguiente, el tacto de desimpresionarme: al revés, con imprudente condescendencia, dejaban al viejo chocho seguir en la tema de su funesta burla, que tan caro pudo costarnos a mí y a ellos, porque yo sufría pesadillas mortales, en las que veía al Matusalem de mis rencores haciéndome visajes y aprestándose a devorarme.

* * *

» Nunca olvidaré una tarde en que me sacó mi madre de visiteo, para que cumpliera con mis amiguitas y para que luciese un elegantísimo traje de seda azul, que acababan de comprarme. Caminaba yo muy ufana, como cualquier chiquilla en quien principia a despuntar la coquetería propia del sexo, cuando divisé a la distancia a mi coco, el que venía por la misma acera, en dirección contraria a la nuestra. ¡El encuentro era inevitable!.. A no contenerme ese indeliberado impulso de recato que me hacía disimular mis crueles congojas, me habría metido por la primera puerta o encaramádome a la primera ventana, con la angustiosa agilidad del que procura evitar un choque, una colisión, a fin de ocultarme a las miradas del fatal vejete... Él, que con la presbicia natural a su edad nos reconociera, se entró en una dulcería del trayecto; mas apenas empezaba yo a reponerme del susto, creyéndome salva por entonces de su aborrecida presencia, vile salir de nuevo y avanzar hacia nosotras, sonriente — si es lícito llamar sonrisa a la mueca horrible de su boca oscura —, con un paquete en la mano.

» Al acercarse a nosotras, saludó cariñosamente a mi madre, y agarrándome la mejilla izquierda con sus dedos de momia, dijo:

» — Este cucurucho de confites para mi novia.

» Yo no tuve valor ni para rechazar el obsequio ni para agradecerle. Mi madre respondió:

» — Gracias, doctor.

» Y dirigiéndose a mí, agregó:

» — Recibe, niña.

» Cuando nos separamos del viejo, dije a mi madre, llena de afición:

» — Mamá, no tengo gana de confites.

» — No importa, hija. Se los darás ahora a alguna de tus amiguitas, me contestó.

» Pero yo no podía resignarme por cinco eternos minutos más al contacto del paquete, que me quemaba, no como abrasa el fuego, sino como deseca el hielo, ni más ni menos que si fuese un carámbano; de manera que me hallaba en temple de comer barrabasadas.

» Ibamos a casa de una familia domiciliada en la primera calle de la otra banda del riachuelo que atraviesa la ciudad, y teníamos que pasar por el hermoso puente de piedra llamado «de los Españoles». Ya en éste, corrí hasta el pretil, afectando curiosidad de contemplar por centésima vez cómo la turbia corriente, parecida a gruesísimo cable, enhebraba el ojo de la fábrica, y solté al agua — de propósito, por supuesto — mi odiosa carga.

» — Mamá, se me ha caído al río el cucurucho de confites, dije a mi madre, exponiéndome a una reprimenda suya por mi aparente descuido.

» — ¡Desmañada! ¡Lerda!, exclamó, fingiendo cólera.

» No ya el pleonástico insulto de mi madre; todos los baldones y oprobios del diccionario los habría aceptado yo gustosa, a trueco de verme pronto libre del regalo, que se me antojaba vehículo de la

caducidad y los alifafes del donante, inspirándome asco y aprensión.

* * *

» Varios otros incidentes, por el estilo del mencionado, amargaron mis tempranos días por espacio de



Flor de otoño, cuadro de José de Nittis

(Exposición Internacional de Venecia. — Fot. de Carlos Abeniacar.)

dos años, hasta que una exacerbación de la disnea puso término a mi suplicio, llevándose a mejor vida al verdugo...

» Sólo el menesteroso que haya obtenido alguna vez el premio gordo, podrá formarse, a medias, un concepto del dulcísimo placer que bañó mi corazón cuando oí decir: «¡Acaba de expirar el doctor Cépida!..»

» Entonces no fué una ola, no; fué un océano de satisfacción el que inundó mi pecho, al igual que la marea inunda una playa sedienta.

» En mi alborozo, yo no concebía que nadie pudiera dolerse de tan necesaria, de tan urgente desaparición...

» Lo único que en ocasiones me contrastaba era la idea de la resurrección de los muertos, por el temor de tropezar con el porfiado vejete en el valle de Josafat.»

Al terminar su relato la señora de Guadil, como si quisiera ponerle una pleca de adorno, movió con donaire su bella mano enojada, trazando una línea fosforescente en la penumbra de la estancia.

MADRID

EXPOSICIÓN DE OBRAS DE LOS PENSIONADOS POR EL CÍRCULO DE BELLAS ARTES

La importante entidad matritense Círculo de Bellas Artes instituyó unas pensiones anuales con objeto de estimular y apoyar a los artistas jóvenes que revelasen excepcionales condiciones para el cultivo del arte a que se dedicaban.

Las pensiones correspondientes al año pasado fueron otorgadas a los pintores José Cruz Herrera, José Robledano y Aurelio García Lesmes, quienes han expuesto sus obras en el Salón de Arte Moderno.

Esta exposición ha demostrado que los tres citados artistas han sabido aprovechar el tiempo y han correspondido brillantemente a la largueza del Círculo de Bellas Artes y a las esperanzas que en ellos fundaron los que les concedieron las pensiones.

D. José Cruz Herrera cultiva con preferencia la figura y bien puede afirmarse de él que domina este género. Exhibe dieciséis telas, entre ellas *La Capilla del Cristo de la Misericordia de los duques de Osuna*, que figuró en la última Exposición Nacional de Bellas Artes y fué premiada con una medalla de tercera clase. Este cuadro, que mereció grandes elogios de la crítica, fué adquirido por D. Fernando del Villar. Las pinturas de Cruz Herrera tienen singular atracción por la frescura y sobriedad del colorido y por la expresión que en sus rostros y en sus actitudes muestran los retratos y en general todas las figuras que entran en sus composiciones. Estas cualidades sobresalen en *La dama de la mantilla*, *El marquesito* y *Del sermón*, que reproducimos; este último cuadro, así como *A tomar el gazpacho*, que también ha exhibido en el Salón de Arte Moderno, revelan un profundo espíritu de observación y denotan en su autor el laudable propósito de seguir la tradición de nuestro arte castizo, para lo cual se inspira en los más afortunados pintores españoles, sin abdicar por ello de su personalidad. De entre las demás telas que presenta merecen especial mención una lindísima cabecita de niña que titula *Pilarilla*; *A la feria*, propiedad del Círculo de Bellas Artes; el estudio *Sor María de Jesús*, y *Alfoncillo*, hermosa nota de color.

José Robledano, el celebrado y popular caricaturista, se muestra en esta exposición, como ya se mostró en la citada Nacional de Bellas Artes, en la que obtuvo también una medalla de tercera clase, pintor de agrestes paisajes y de viejos y solitarios claustros, que reproduce de una manera sobria, pero interpretando en todos ellos con gran sinceridad y verdadero amor el sentimiento real de la naturaleza.

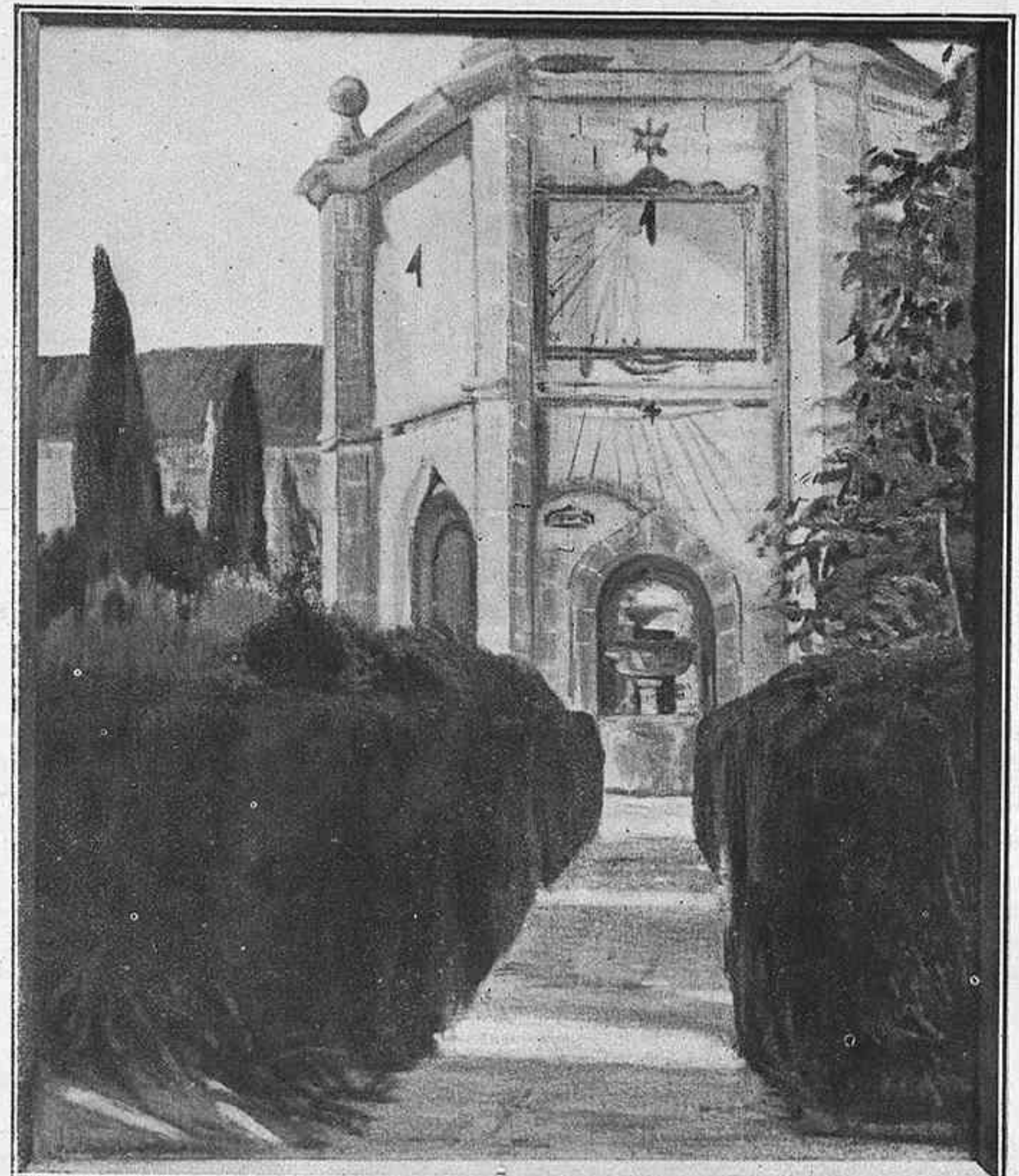
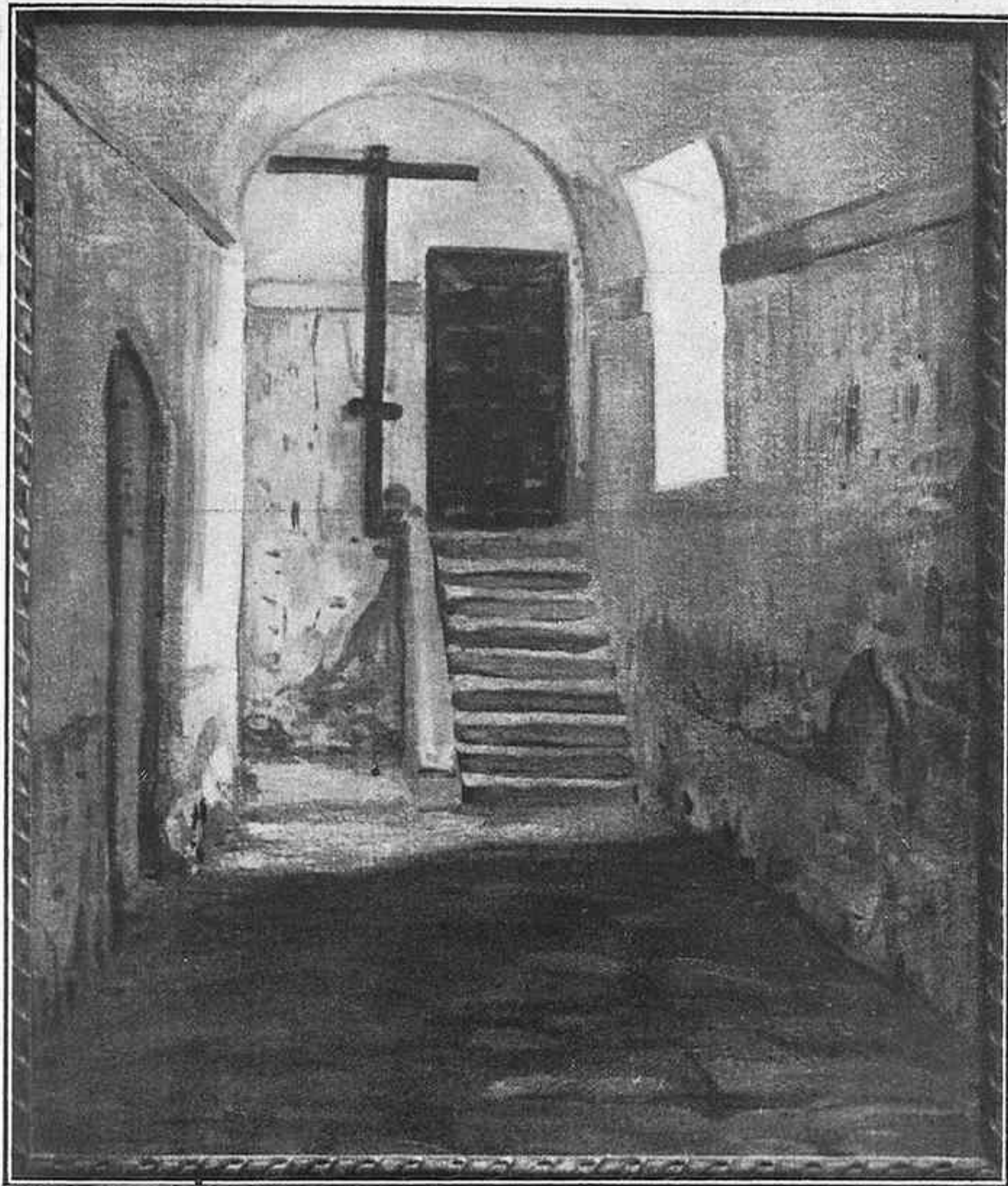
Con razón ha dicho de él, a propósito de esta exhibición, un reputado crítico, que «en el Paular, en Cercedilla y en el valle del Lozoya, su espíritu de exquisita sensibilidad se ha purificado, por decirlo así, del sedimento que en él había dejado la observación de todas las miserias y mezquindades del hombre». De sus lienzos merecen especial mención el *Claustro de la Cruz*, *del Paular*, *El surtidor del cementerio*, *El atrio de la iglesia del Paular*, adquirido por el Círculo de Bellas Artes, y *Crepúsculo en la nieve*, que le valió la medalla a que antes nos hemos referido.

Aurelio García Lesmes, discípulo como Robledano, de Muñoz Degraín, se complace en trasladar al lienzo los paisajes de la ruda meseta castellana, tomados por él con todo el vigor, con toda la fuerza luminosa propios de aquellas tierras áridas y abrasadas por el sol. Doce son los cuadros que exhibe y en todos ellos admiranse estas cualidades reveladoras de una potente personalidad artística y que se observan de un modo especialísimo en *Peña-fiel*, *Tordesillas*, *El castillo* y *Plaza de la Constitución*.

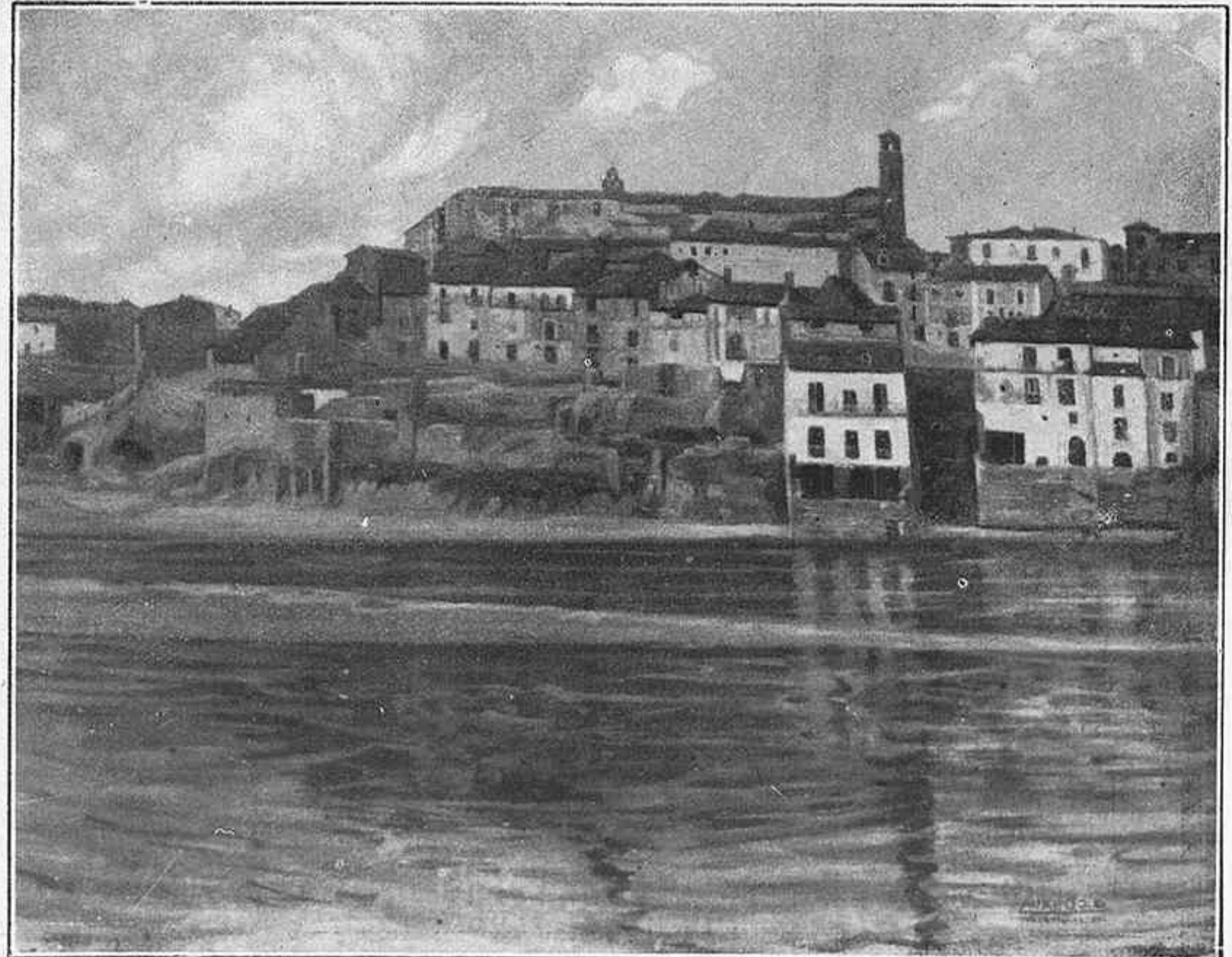
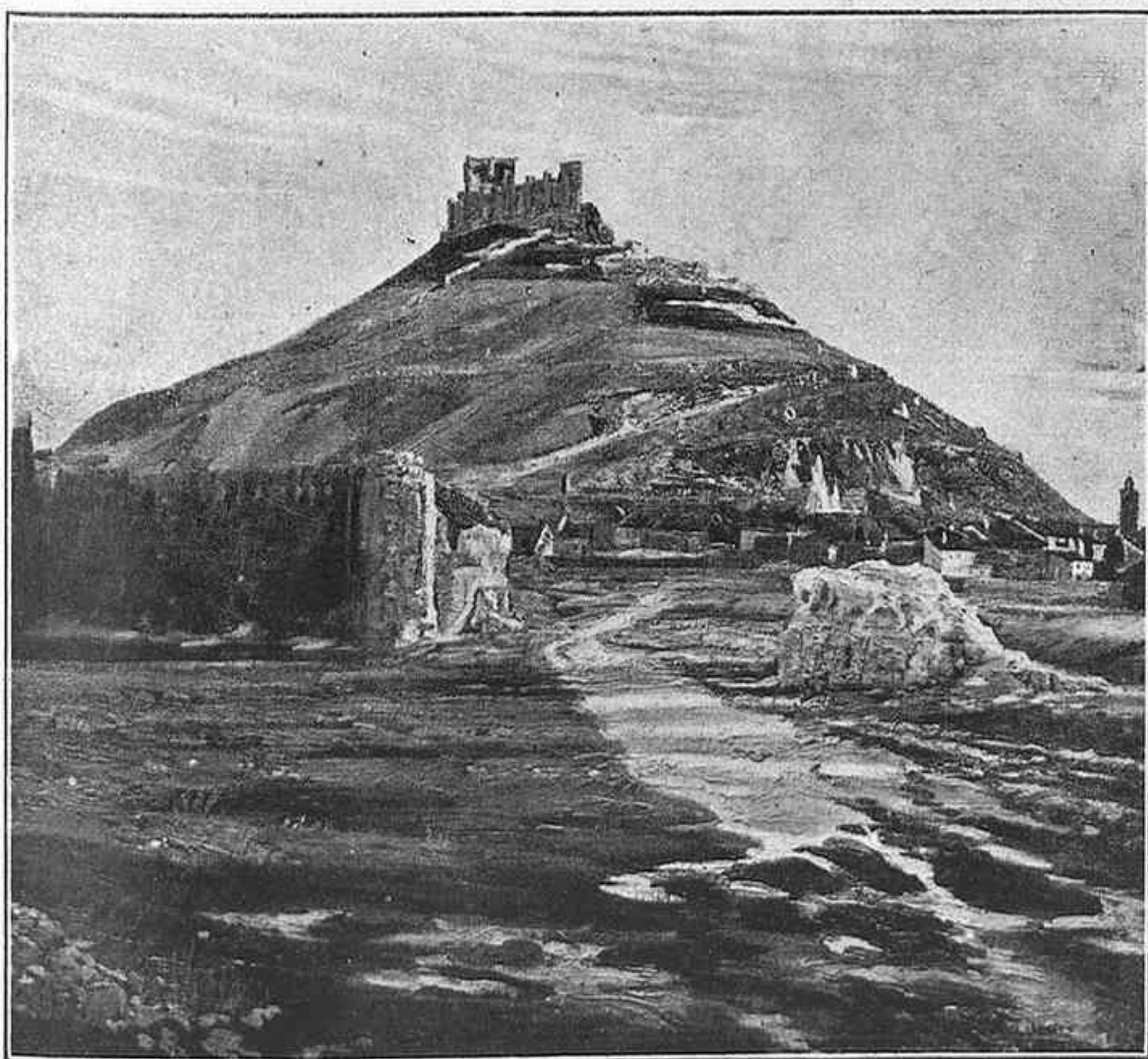
Satisfecho puede estar el Círculo de Bellas Artes del magnífico resultado de esta exposición, en la cual se ha puesto de manifiesto que su noble iniciativa, dignísima de los mayores elogios y merecedora de ser imitada, ha dado frutos opimos, demostrándose de esta manera tanto la inteligencia como el buen acierto con que fueron elegidos los artistas agraciados con las pensiones por aquella entidad instituidas.



El marquesito, Del sermón, La dama de la mantilla, cuadros de José Cruz Herrera



El Paular: Claustro de la Cruz, El surtidor del cementerio, cuadros de José Robledano



Peñafiel, Tordesillas, cuadros de Aurelio García Lesmes. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

LA GUERRA EUROPEA

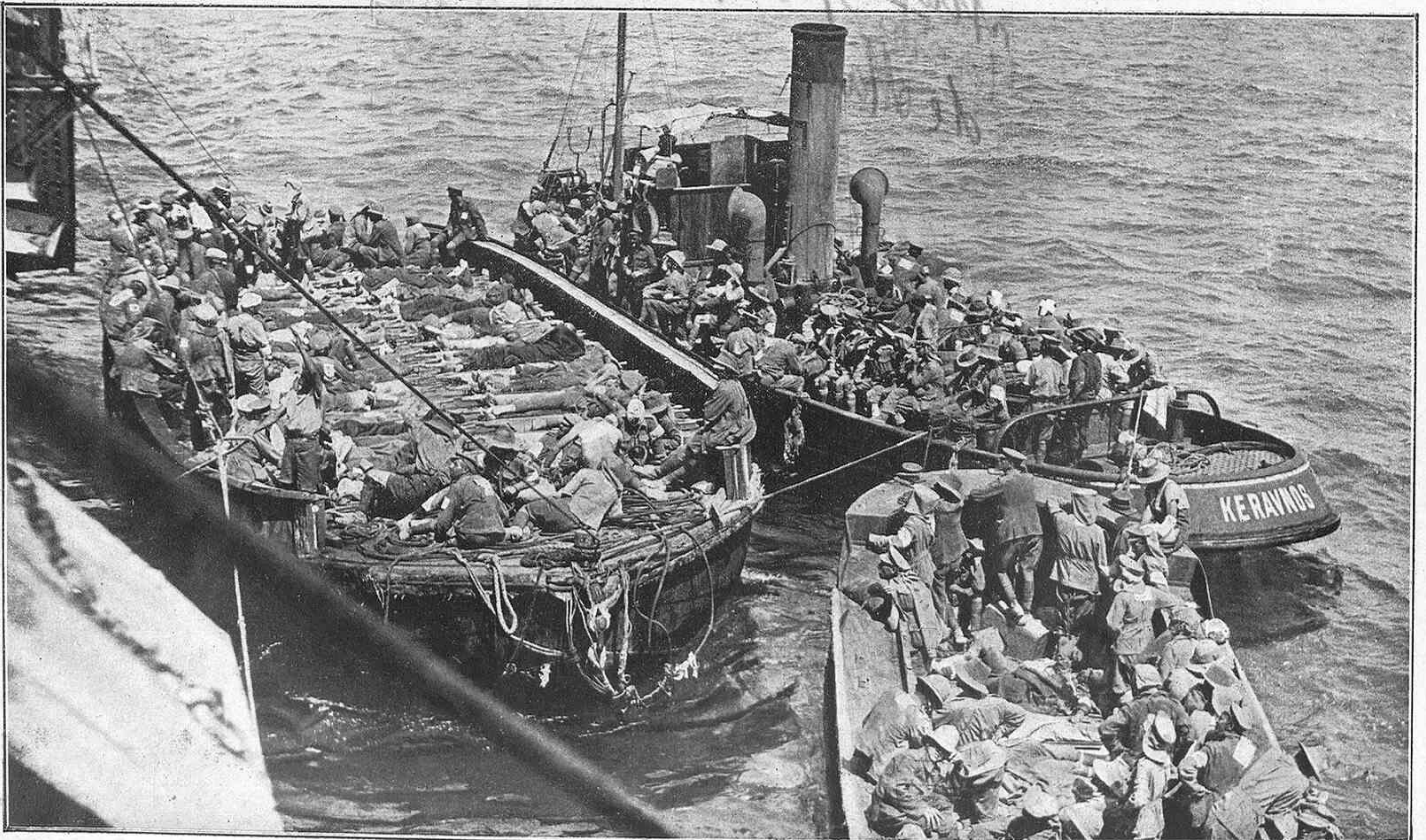


Puente de madera de varios kilómetros de longitud construido en una región pantanosa de Rusia por los ingenieros alemanes en 36 horas. — En el círculo, el emperador de Alemania imponiendo la cruz de la orden «por el mérito» al archiduque Federico de Austria. (De fotografías de Hofer.)

Teatro de la guerra de Occidente. — En la región de Arrás, los franceses han rechazado varios ataques en Loos, y al Sudeste de Souchez; han ocupado los hoyos producidos por explosiones de minas en las cercanías de la carretera de Arrás a Lila, han reali-

zado algunos progresos en Bois-en-Hache, y han perdido algunos elementos de trinchera en Neuville-Saint-Vaast, pudiendo, sin embargo, recuperar parte de ellos y contener el avance de los alemanes. En la Champaña, han tomado, al Nordeste de Massi-

ges, una trinchera próxima a las posiciones recientemente conquistadas; han rechazado un ataque contra una granja al Este de Reims y otros contra las trincheras de La Cortina; han realizado en este último punto notables progresos apoderándose de va-



En los Dardanelos. — Conducción de heridos franceses e ingleses en grandes barcazas que los llevan a los buques hospitales que los transportan a Egipto, a Malta o a Inglaterra (De fotografía de Carlos Trampus.)



El rey Jorge V de Inglaterra, el Presidente de la República francesa Sr. Poincaré y el generalísimo Joffre revistando las tropas en el frente francés. (De fotografía de M. Rol.)

rias trincheras en un frente de 150 metros; y han rechazado en las alturas de Tahure los ataques de los alemanes, quienes sólo han conseguido ocupar la cumbre de aquéllas. En Lorena, han rechazado un ataque contra Reichackerkopf.

Los alemanes dicen que el combate trabado después de la explosión de minas en la carretera de Arrás a Lila se decidió en favor suyo; que han tomado una posición en una extensión de 1.100 metros al Nordeste de Neuville-Saint-Vaast y la altura 192 de la Butte de Tahure y que han rechazado los contraataques en este último punto y varios ataques en otros sectores de la Champaña.

Teatro de la guerra de Oriente. -

Los rusos han rechazado violentos ataques en la orilla izquierda del Duna, si bien reconocen que los alemanes han conseguido algunos éxitos en aquella región y continúan avanzando; en la orilla derecha del Aa, en el frente de Dwinsk, al Oeste de Ikskull, al Oeste de Jacobstadt, al Sur de Redreska, localidad situada al Noroeste de Czartorisk, en el Styr y en la confluencia del Strypa y del Dniéster; han contenido el intento de avance de los alemanes al Nordeste de Jacobstadt y en la región del Styr, al Norte de Rafalovka; han ocupado Petrucha, al Oeste de Kosjiani; y han avanzado al Sudoeste de Olika, ocupando el pueblo de Konstantinovka y los atrincheramientos enemigos. El último parte de Petrogrado dice que los continuados ataques de los alemanes han sido contenidos por la resistencia rusa.

Los alemanes han atravesado de nuevo el sector al Norte de Illkust; han penetrado en las posiciones rusas de la región de Tyschani, al Sur del ferrocarril de Abeli a Dunaburg, aunque teniendo que abandonar luego el cementerio de Kzaszala, que al día siguiente recuperaron; han avanzado a ambos lados del ferrocarril de Tukum a Riga; han rechazado ataques al Oeste y al Sudoeste de Dunaburg; han progresado al Nordeste del pueblo de Garbunovka, y al Noroeste de Mitau, por la orilla Norte del Misse, si bien un violento ataque ruso les obligó a retirarse a las posiciones principales de la orilla Sur del mencionado río; han obligado a los rusos a retirarse de Plakau; han proseguido con éxito su avance al Oeste de Czartorysk, tomando varios pueblos e importantes posiciones y empujando al enemigo hacia el Styr; han asaltado las posiciones al Este de Kolki; han rechazado numerosos ataques al Este de Baranovitchi; y han hecho fracasar el intento de los rusos de atravesar el Strypa.

Italianos y austriacos. - En la región del Tirol, los italianos han ocupado varias localidades en la

orilla izquierda del Ponale, algunos fortines en el Col di Lana y nuevas posiciones en el valle de Lugarina; han continuado su avance en el alto Cordévole; y han rechazado un ataque contra una posición avanzada de Sextenstein, en la cabeza del valle de Rienz, perdiendo, de momento, algún terreno que no tardaron en recuperar. En la región del Isonzo, han rechazado numerosos ataques y contraataques en las zonas de Plava y de Monte Nero y en el Car-

gión de Riva, y en el frente del Isonzo, contra las cabezas de puente de Tolmino y Gorizia, contra Globna y contra la planicie de Doberdo, y añaden que conservan en su poder las trincheras de la altura de Podgora.

En los Balcanes. - Prosigue el avance de los austroalemanes por el Norte y el Oeste de Servia y el de los búlgaros por el Este. Los ejércitos austroalemanes que operan en la región septentrional han entrado en Valjevo; han tomado varios pueblos al Este de Palanca; el de Marecovac, al Norte del Raca, y algunas posiciones al Este de Petrovac; han ocupado Neresnika, en el valle del Peck; han cruzado el Danubio, el Jasenika y el Raca, ocupando Tekia y avanzando en dirección a Brza-Palanca; han ganado las alturas al Sur del Raca; han atravesado el alto Kolubara y la cordillera al Norte de Rudonick, avanzando por los dos lados de la carretera de Topola y ganando terreno al Este de Lapovo; han proseguido su avance al Oeste del Morava y en las cercanías de Rudonik, haciendo retroceder a los serbios en ambos lados de aquel río; han tomado Grau Milanovac y las alturas al Sur del mismo; y se han apoderado de Kragujevac, importante plaza en donde hay un arsenal y una fábrica de armas.

Los del frente occidental han ocupado Dobrunj, al Este de Visegrad, y las alturas vecinas, prosiguiendo su avance en aquella dirección; han rechazado a los montenegrinos al Sudeste de Visegrad, dejando este distrito enteramente libre de enemigos; y han recobrado Gorazda, que les habían tomado los montenegrinos.

Los búlgaros han vadeado el Timok en varios puntos, han tomado Kujazevac, Pirot, Katchanik y Bela Palanka; han reconquistado Veles, y han efectuado por la zona de Negotin su unión con los austroalemanes.

Los serbios, en sus partes oficiales, reconocen que han tenido que replegarse ante la ofensiva de los austroalemanes y de los búlgaros, pero no sin defenderse heroicamente y causar grandes bajas al enemigo.

Los franceses dicen que han derrotado a los búlgaros en la región de Strumitza y que al Sur de Kumanov se están fortificando en las posiciones conquistadas en la frontera búlgara.

En Salónica continúan los desembarcos de las tropas aliadas.

Guerra naval. - En los Dardanelos ha sido hundido por la artillería turca el submarino francés *Turquoise*.

Noticias procedentes de Sofía afirman que en el bombardeo de Varna se fueron a pique dos acorazados rusos.



Londres. - Destrucción causada en una casa por una de las bombas arrojadas por los zeppelines en el último raid efectuado sobre la capital inglesa. (De fotografía de Walshams, Ltd., remitida por Carlos Trampus.)

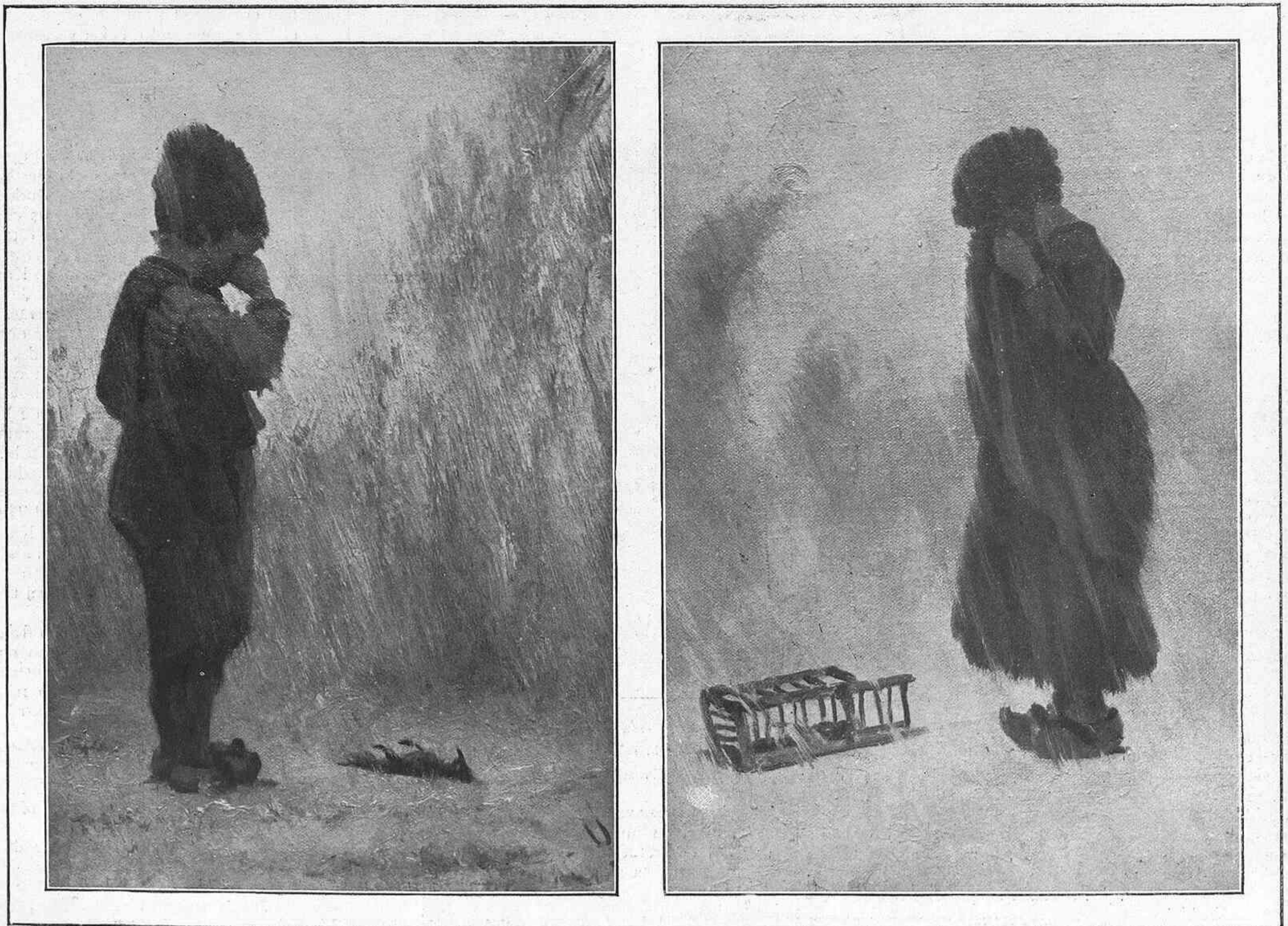
so; han realizado nuevos avances en la altura de Santa Lucía frente de Tolmino, y en la zona de Monte Nero al Sur del contrafuerte de Vodil, tomando atrincheramientos en esta zona, así como en la de Plava y en el Carso; han conquistado un fortín al Sudeste de Globna, en la zona de Plava; y se han apoderado de las alturas de Podgora.

Los austriacos afirman haber rechazado numerosos ataques en el frente del Tirol, especialmente en Col di Lana, en el Monte San Michele y en la re-

se están fortificando en las posiciones conquistadas en la frontera búlgara.



EL PRIMER HIJO, cuadro del notable pintor inglés Leonardo Campbell Taylor



Salón Parés. - El primer disgusto, apuntes por Urgellés. (De fotografías de F. Serra.)

DOS TABLAS PINTADAS POR EL FAMOSO PINTOR CATALÁN MARIANO FORTUNY
QUE PERTENECIERON AL CELEBRADO ARTISTA D. ALEJANDRO DE RIQUER, A CUYA AMABILIDAD DEBEMOS EL PODER REPRODUCIRLAS
EN ESTA «ILUSTRACIÓN»



DESCANSO EN LA VENTA

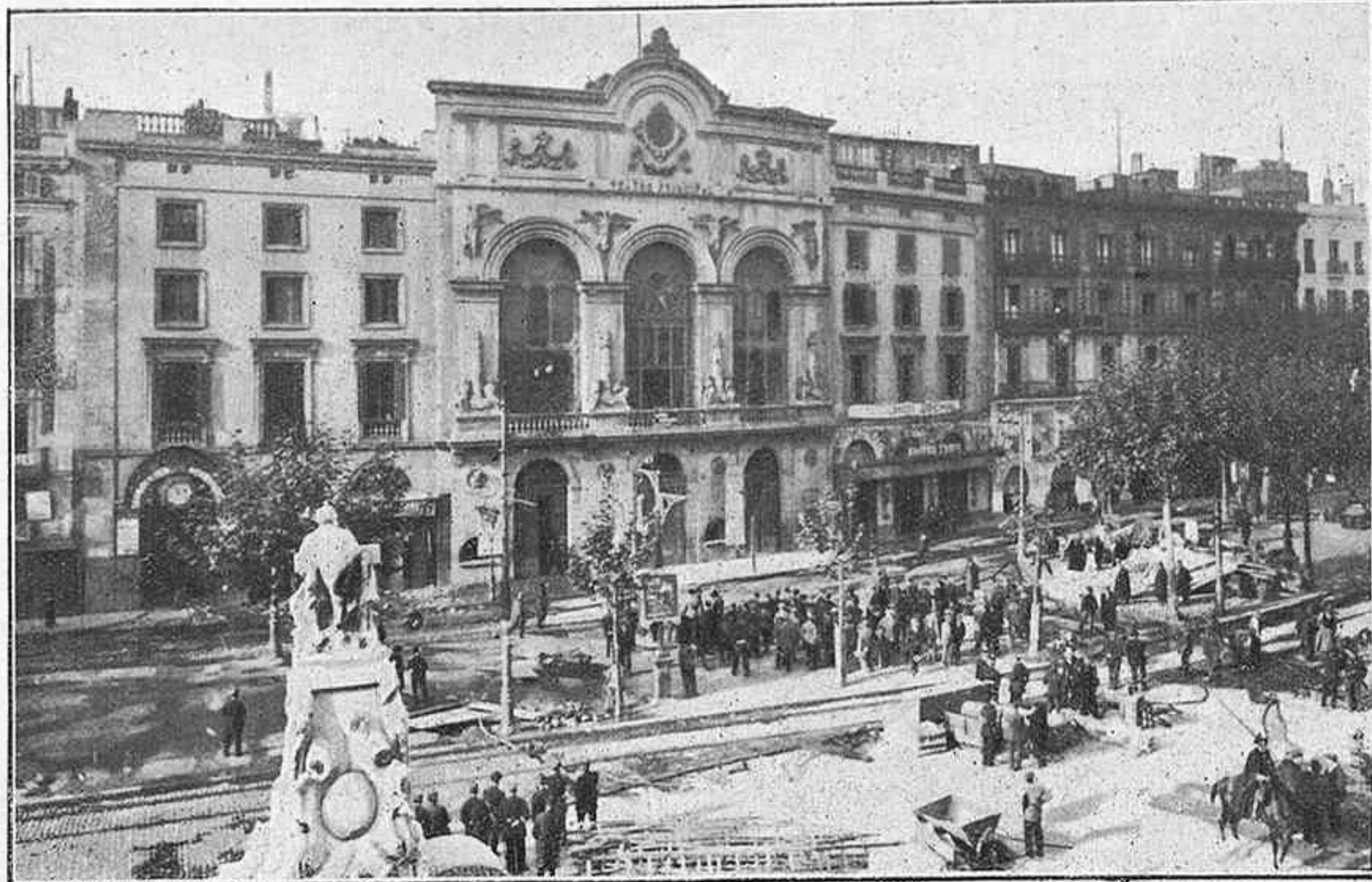
Ocioso nos parece encarecer la importancia de estas dos tablas de Fortuny que adjuntas reproducimos. Aparte de su belleza, tienen estas obras gran interés artístico por cuanto se trata de dos pinturas ejecutadas por el eximio pintor, gloria de Cataluña y de España entera, en los primeros tiempos de la carrera que había de abrirle de par en par las puertas del templo de la fama.

En ellas se ve ya la potente mano del genio que luego había de asombrar al mundo entero con su *Vicaría*, su *Jardín de los poetas* y sus cuadros de costumbres árabes en los que supo derramar con incomparable maestría las maravillosas luminosidades de Oriente.

Estas tablas, que hasta hace poco pertenecieron al celebrado artista barcelonés Alejandro de Riquer, han sido adquiridas recientemente por un notable coleccionista extranjero.



FAMILIA DE PESCADORES. (De fotografías de F. Serra.)



Barcelona. Incendio del Teatro Principal. - Vista de la fachada, que quedó en pie, en los momentos en que pudo ser dominado el fuego

BARCELONA. - INCENDIO DEL TEATRO PRINCIPAL

En las primeras horas de la madrugada del día 3 de este mes declaróse un incendio en el Teatro Principal. El fuego revistió desde un principio tanta violencia que cuantos esfuerzos se hicieron para contenerlo resultaron inútiles, en vista de lo cual los trabajos de los bomberos hubieron de limitarse a localizarlo evitando que se comunicase a las casas vecinas.



D. Leopoldo Matos y Massieu, nuevo gobernador civil de Barcelona. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

El teatro había sido recientemente objeto de notables reformas realizadas por el nuevo empresario Sr. Bassó y había de inaugurar sus tareas el día 6 con la compañía de zarzuela de Segi Barba y Luisa Vela quienes han perdido todo su vestuario. También se ha quemado todo el equipaje de la célebre transformista Fátima Miris que próximamente había de dar algunas funciones en aquel coliseo.

Ha quedado asimismo destruido el taller del eminente pintor escenógrafo Sr. Vilomara, contiguo al teatro, en el que había, aparte de todos los útiles propios del trabajo, una valiosa biblioteca, numerosas carpetas con interesantes y notabilísimos documentos artísticos y una decoración completa para una comedia del Sr. Martínez Sierra que ha de estrenarse en el Teatro de Novedades.

Al lugar del siniestro acudieron todas las autoridades, que dictaron acertadas disposiciones para aminorar los desastrosos efectos del siniestro. El cuerpo de bomberos se portó admirablemente, como de costumbre, realizando actos de verdadero heroísmo, así para combatir el fuego como para salvar a personas que se hallaban en inminente peligro.

La destrucción del Teatro Principal ha causado gran emoción en todos los barceloneses, porque el decano de nuestros coliseos era una verdadera institución en Barcelona, ya que su historia puede decirse que constituye la historia del arte teatral en nuestra ciudad. Su construcción databa de fines del siglo XVI; en 1679 fué reconstruido y ensan-

chado, y destruído en 1787 por un incendio, fué construído de nuevo poco después. En el Teatro Principal se cantó ópera por vez primera en España hace dos siglos y por su escenario han desfilado en todos tiempos las mejores compañías de canto y declamación y todas las eminencias líricas y dramáticas de mayor fama mundial. La primera ópera de Wágner estrenada en Barcelona, *Lohengrin*, lo fué en el Principal; en él se estrenaron también *Amleto* y *Aida* y se dieron los primeros grandes espectáculos, como el baile *Flama* y las comedias de magia *La reasoma encantada* y *La magia negra*: los nombres de los empresarios Bernis y Brugada van íntimamente unidos a estas épocas, por decirlo así, contemporáneas y que han sido de las más esplendorosas de aquel coliseo.

El Teatro Principal era propiedad del Hospital de la Santa Cruz, que lo construyó en 1597 para atender con los productos de su explotación a los gastos del cuidado de enfermos, locos y expósitos, y al que le fué concedido por Felipe II el privilegio de que sólo pudiesen representarse comedias en el paraje que la Administración del mismo designase.

A las nueve pudo conseguirse esto y desde aquel momento el servicio de incendios se ocupó únicamente en arrojar agua sobre el inmenso brasero que formaban los que habían sido escenario y platea del teatro. De éste no quedaban en pie más que la fachada y las paredes laterales; todo lo demás ha sido enteramente destruído. Ignóranse las causas del incendio y no se sabe tampoco con exactitud dónde empezó el fuego; créese, sin embargo, que se inició en la cubierta quemándose la madera seca que la sostenía y comunicándose al cielo raso que, al desprenderse llevó las llamas a la platea y al escenario.

del partido conservador y ha demostrado en el Parlamento su alta inteligencia y sus excepcionales dotes de orador elocuente. Abogado de gran prestigio, ha hecho excelentes campañas en el Foro y en el Ateneo matritenses. Su designación para el importante cargo de gobernador de esta provincia demuestra la consideración de que goza en el partido en que milita y el elevado concepto que de él tiene formado el Gobierno.

MADRID. - HOMENAJE A SOR TERESA VIVER

En el Hospital de Dementes de Santa Isabel, de Leganés, celebróse hace pocos días con gran solemnidad el acto de la imposición de las insignias de la Cruz de Beneficencia de primera clase a la Superiora de las Hijas de la Caridad que regentan aquel benéfico establecimiento Sor Teresa Viver.

El acto constituyó un verdadero homenaje a esa admirable religiosa que durante cincuenta años, treinta y cinco de ellos como superiora, ha prestado ejemplares servicios a enfermos que por sus condiciones requieren especiales cuidados y tacto e inteligencia nada comunes, habiéndose conquistado el cariño de cuantos infelices estuvieron a ella confiados.

Sor Teresa Viver nació en Cataluña en 1835 y a los veintidós años ingresó en la Congregación de Hijas de la Caridad, habiendo sido destinada, poco después de concluir su noviciado,

al Hospital de Dementes de Leganés. Desde entonces, su vida, dedicada al sacrificio y a la caridad, ha constituido el más alto ejemplo de abnegación, inteligencia y virtud.

Como recompensa a sus servicios le fué concedida la cruz de Beneficencia de primera clase, cuyas insignias, costeadas por Su Alteza la Infanta D.^a Isabel, le han sido impuestas por ésta en solemne ceremonia a la cual asistieron el obispo de Madrid-Alcalá, el ministro de la Gobernación y otras muchas ilustres personalidades, y a la que se asoció todo el vecindario de Leganés.

El acto se celebró en el salón de estudios del Colegio, en el que, además de una numerosa y aristocrática concurrencia, había grupos de enfermos de ambos sexos, pobres y pensionados, con sus vigilantes, y de niñas con sus profesores.

Leído el decreto concediendo la cruz a Sor Teresa, el ministro de la Gobernación pronunció un elocuente discurso enalteciendo la figura de esta religiosa, discurso al que contestó en nombre de ésta y con muy sentidas frases, el académico Sr. Pérez de Guzmán. Acto seguido, S. A. impuso las insignias a la homenajada prodigándole palabras de entrañable afecto.

El vecindario de Leganés tributó una grandiosa manifestación de simpatía a Sor Teresa y a Su Alteza la Infanta D.^a Isabel.



Vista del interior del teatro tomada desde el fondo del escenario después de sofocado el fuego (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Madrid. En el Manicomio de Santa Isabel de Leganés. - Imposición por S. A. la Infanta Doña Isabel de la Cruz de Beneficencia a Sor Teresa Viver, Superiora de las Hijas de la Caridad. - Grupo de Sor Teresa Viver, después de haberle sido impuesta la Cruz, con S. A. la Infanta Doña Isabel, el obispo de Madrid Alcalá y el ministro de la Gobernación. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

¿MAS FUERTE QUE EL AMOR?

NOVELA ESCRITA EN ITALIANO POR SALVADOR FARINA, CUYA PROPIEDAD TIENE ADQUIRIDA ESTA CASA



... y quisiera casarse contigo; ha venido a pedirme tu mano

Serafín Giunti permaneció un momento indeciso, después exhaló un largo suspiro y dijo en voz baja:

— La verdad, siempre había esperado yo arreglar por medio de una reconciliación otro matrimonio, y quizá, involuntariamente, lo di a comprender a... a tu antigua novia... ¿Y sabes por qué? Porque me habías declarado que renunciabas al matrimonio para siempre. Ya ves que con razón dudaba yo de esa jactancia... por eso...

Era una confesión que costaba un trabajo increíble a aquella alma inquieta.

— Me había engañado, dijo alegremente el cajero; pero te perdono, y que no se hable más.

El mismo Serafín recobró su natural jovialidad.

— Ahora sé lo que debo hacer, afirmó: encontrar a toda costa un marido para la señorita Angélica, a fin de ponerme en paz con mi conciencia... aunque

tenga que ofrecerme yo mismo... pero con tu venia.

Serafín Giunti fué el primero en reirse de esta idea extravagante que parecía habersele ocurrido en aquel mismísimo instante.

— Hablaremos de eso, contestó Inocencio riendo también.

X

¡Cosa rara!

La fortuna de Inocencio encontró mucha indulgencia en el público; las contadas visitas de la familia Giunti se deshicieron en congratulaciones; los amigos de Serafín, las amigas de Juana, el antiguo principal de Inocencio y sus colegas, incluso Rampichini, todos de acuerdo le enviaron su tarjeta y vinieron a darle, en la oficina, un apretón de mano.

Después siguió la calma, esa especie de abandono que acompaña a la vida de los desposados hasta que se haya verificado el matrimonio.

Somos todos un poco egoístas y nunca nos causa gran placer el asistir a una fiesta demasiado íntima, sabiendo que los novios son aún más egoístas que los demás.

El bueno de Serafín parecía andar con ruedecitas en los pies; estaba siempre en movimiento, de sol a sol, mientras su cajero, que no descuidaba ningún negocio, lo hacía y arreglaba todo sin ruido, sonriendo siempre.

Pero, a veces, un ojo atento, después de la fatiga del día, después de la alegría de la comida en familia, hubiera podido leer en la cara redonda de Giunti una inquietud, pero en casa de Serafín ya no había ojos atentos, desde que Inocencio y Juana habían celebrado sus esponsales.

Sólo la vispera de la boda Serafín Giunti tomó en la mesa una actitud heroica, y cuando su hija hubo marchado a la cocina para la gran operación de preparar el café, bebió de un trago un vaso de vino y empezó así:

- A ti, que vas a ser mi hijo, debo hacerte una confidencia.

- ¿Qué hay?, preguntó asustado el futuro yerno; estás pálido.

- ¿Estoy pálido?, balbuceó Serafín; es señal de que he bebido demasiado; a mí a veces el vino me hace este curioso efecto... pero estoy bien... ¿sabes?... La emoción del acontecimiento que se cumplirá mañana... porque mañana Juana será tu esposa...

Volvió a verse un poco de color en la redonda cara de aquel padre demasiado feliz, que se secó el sudor.

- Querías decirme algo, indicó Inocencio.

- Sí, es verdad: quería decirte algo... Más vale que te lo diga hoy, si no tienes dificultad..., si la idea no te ofende en lo más mínimo... la idea de las segundas nupcias de tu suegro...

- ¿Pero por qué quieres que me ofenda?..

- Sé que eres generoso... ¡De Juana no dudo porque me ha dicho tantas veces que me case!.. Pero si tú no sintieras ver en casa a... la que debía ser tu esposa...

- ¿De veras? ¿La señorita Angélica está dispuesta a casarse contigo?

- La señorita Angélica todavía no sabe nada; porque me he guardado muy bien de insinuarle... esta idea que se me ha clavado en el cerebro... Pero si tengo tu consentimiento, si estoy bien seguro de que no sufres... entonces... tiraré adelante, y al menos haré la proposición; si es rechazada, como es posible, mejor...

- ¿Por qué mejor? Tú mereces una compañera generosa y buena, y tal te la deseo... Y espero que tal sea... la señorita Angélica.

Inocencio había sabido vencer súbitamente el sentimiento de pena que le causaba la idea de aquel casamiento; le pareció un fruto mezquino del amor propio y lo apartó alegremente de sí.

- Cuando me digas que la cosa está madura, si quieres, haré yo mismo la petición. Será un caso curioso.

Serafín Giunti seguía enjugándose el sudor.

XI

Había transcurrido un año desde la boda de Juana con Inocencio, los cuales, aunque querían mucho a papá, lo dejaron solo para hacer su nido en el piso superior, debajo de los canalones donde habían quedado los nidos de unas golondrinas.

Inocencio había querido dar a Juana una casa toda suya, entre otras razones, porque sabía, y su esposa no lo ignoraba, que bullía en la cabeza de papá la idea de otro matrimonio.

Pero hacían casi la vida de antes; toda la semana, a la hora de comer, la pareja bajaba al primer piso, a la mesa de papá, y los días festivos, éste era convidado a comer en casa del joven matrimonio.

Invariablemente cada domingo, a la hora del café, Serafín Giunti decía suspirando en su taza.

- ¡Lástima!

Con esta única palabra quería expresar tres ideas.

¡Lástima que sus hijos hubiesen preferido poner casa aparte, en vez de la común que quizá hubiera hecho apartar de su cabeza una antigua idea!

¡Lástima que esa idea no abandonada lo tentase todavía y él no supiese decidirse a hacer su nido!

¡Lástima que del matrimonio de Juana no naciese un hijo, porque entonces el abuelo quizá no desearía ya nada; mientras que así sucedía lo contrario.

Cuando estaba de mejor humor, de un vaso de vino rancio bebido de un trago salía otra idea no ya expresada con un monosílabo, sino bien vertida:

- ¿Sabéis lo que tengo que deciros? ¡Que si no servís para nada me meto yo!

El pensamiento de Inocencio corría inmediatamente a la desgraciada Angélica, a quien había encontrado en la calle, del brazo de su padre, mientras iba orgulloso con su mujercita contenta.

Ya no era tan hermosa como antes; al paso que otras mujeres embellecen hasta los treinta años y conservan algo de su hermosura hasta las puertas de la vejez, Angélica había estado en la flor de su hermosura entre los dieciséis y los veinte años.

Pero había sido castigada porque no había sabido amar.

Así pensaba el joven abandonado en su inflexible sentimiento de justicia.

El sentimiento de justicia de Serafín era diferente; y lo revelaba abiertamente como de costumbre.

- ¿Qué esperas?, le preguntó un día Inocencio.

Esperaba estar seguro de que la señorita había perdido casi toda esperanza de encontrar marido; entonces se ofrecería él, porque Angélica estaba aún guapísima, demasiado guapa para un hombre como él.

Mientras tanto los negocios de la fábrica prosperaban bajo el nuevo impulso de una administración joven; la caja se hallaba en estado floreciente, y Serafín Giunti no corría peligro de tener que aportar nuevos fondos como el primer año, echando al abismo los capitales guardados en el Banco.

Los éteres, que habían costado un ojo de la cara, empezaban a tener una clientela, porque Inocencio había llamado a todas las puertas de los consumidores y los había persuadido de que, enviando al extranjero el poco dinero italiano cometían un pecado contra la patria, mientras que podían tener el mismo producto de excelente calidad fabricado en Milán por *Serafín Giunti... y Compañía*.

Aquel *socio* famoso era la penitencia del cajero; no fabricaba nada, pero siempre se le abonaban en la caja muchos miles de liras; y sin hacer absolutamente nada, sin dar nunca un impulso, ni una ayuda, ni un consejo, participaba, a fin de año, de las utilidades.

Sabiendo que era un gran jugador de billar, que consagraba todo su tiempo a preparar las elecciones y las fiestas del círculo, las raras veces que venía al despacho, contrariaba grandemente a Inocencio, y éste se vengaba fingiéndose ocupado al extremo de no hacer caso de él.

Pero había otra cosa.

Inocencio no quería confesárselo a sí mismo, tanto le repugnaba la idea, pues había notado que el *socio* frecuentaba más que antes la casa de Giunti desde que éste había casado a su hija.

Ahora que el lazo del matrimonio no le daba miedo, ¿quién sabe?, quizás esperaba él preparar por cuenta suya el del adulterio.

Y, en efecto, las visitas habían sido regulares durante la luna de miel; pero después se habían hecho frecuentes y más audaces, porque, sin haber sido invitado siquiera, el *socio* se había permitido visitar a la señora de Inocencio, a quien había pedido noticias de aquel caro joven, que era ya su marido.

¡Había dicho textualmente aquel *caro joven!*

¡Oh! Con seguridad era bastante bestia para pensar que la esposa del caro joven debía empezar a sentir el cansancio de la fidelidad.

Al hablar de aquellas visitas, Juana no dejaba nunca de reírse de ellas; todas las palabras que el *socio* le había dicho, los cuellos monumentales que llevaba, las corbatas chillonas, las botinas crujiertes, todo lo del *socio* excitaba grandemente su hilaridad.

Era, sin duda, el único modo de no alimentar los celos, que empezaban a abrirse camino en el ánimo de su esposo, e Inocencio se lo agradeció cordialmente a su buena Juana; pero mientras tanto se sentía ofendido por la esperanza de aquel fatuo.

Todos los sentimientos de lealtad y de justicia que él había conservado intactos, le parecían pedir venganza contra el deseo adúltero del *socio*.

¡Ah!, ¡hacerle descontar la opinión que se había hecho de las mujeres ajenas!

¡Hacerle tragar la ignominiosa frase que se le escapó de los flojos y colgantes labios, una noche, en un corro de hombres!

¡*Todas las mujeres son de los demás!*, había dicho en tono sentencioso, y, figurándose haber pronunciado una frase sabrosa y llena de ingenio, había sido el primero en reír mucho.

Inocencio, lo recordaba muy bien, había permanecido serio; pero los demás habían consentido y aun coreado aquella risa estúpida.

Y entre los que se rieron había maridos que adoraban a sus esposas, y hasta había un viudo que veneraba la santa memoria de su compañera.

Pero este viudo era Serafín Giunti, y su risa no significaba gran cosa, porque él se reía siempre, aun cuando no había comprendido lo que hacía reír.

Pero aquel asedio que el desocupado *socio* venía poniendo a su esposa daba a Inocencio muchas tentaciones; la más insistente era la de decirle que no se molestase en hacer tantas visitas, porque la primera vez que lo encontrase solo en el salón con Juana, lo echaría a la escalera.

La cosa se haría en silencio; toda palabra estaba de más; una señal desde lo alto de la escalera sería la demostración completa.

Hasta le parecía a Inocencio que su Juana, para librarse de aquel importuno, debía encontrar algún expediente: hacer decir por el portero que ella no estaba en casa, o que aquel día tenía jaqueca...

¡Pero no!

El *socio*, sabiendo el día de las visitas, sólo venía los miércoles después de las dos; en cuanto a la jaqueca, era un buen pretexto para una vez, pero no se puede tener jaqueca todos los miércoles.

Por otra parte, el impertinente era *socio* y podía venir a la casa cuando se le antojase cambiar el círculo o el billar por la risa amena de Serafín Giunti, en cuya casa estaba seguro de encontrar a la esposa de Inocencio.

En suma, no había nada que hacer; era un castigo de Dios y había que aceptarlo.

- ¿Cuántos años crees que tiene tu rival?, preguntó un día Juana.

- Mi rival, contestó Inocencio con un tono adecuado a la broma, ha cumplido los treinta y cinco.

- Tiene al menos diez más; parece más joven porque se tiñe y se afeita cada día; no es como tú que me das a besar el pelo de toda una semana.

Otro día Juana descubrió algo de más importancia.

El famoso *socio* llevaba peluca.

- ¿De veras?

- De veras.

No se conocía, porque era una peluca bien hecha, pero realmente la llevaba.

Esto sí que fué un gran consuelo para el marido celoso, y persistió en consolarlo cuando él, queriendo estar más seguro, afirmó que Juana había calumniado al pobre señor.

Y en seguida quiso corregir la opinión equivocada, pero Juana no quiso dejarse persuadir, diciéndose pronta a apostar cualquier cosa...

- ¿Qué cosa?

- Cualquiera.

- Entonces, un beso.

- Lo has perdido y lo quiero.

- Te lo doy, pero no lo he perdido.

Aun aquella nubecilla que ocultaba el sol de su felicidad, desapareció un día, porque el famoso *socio*, no habiendo triunfado en seguida, levantó el asedio que hacía a Juana, dándole a comprender de una manera casi brusca, propia de una persona ofendida en su legítimo derecho de solterón, que no tenía más tiempo que perder por ella.

Las palabras no eran éstas, pero el significado era el mismo.

Después, el *socio* disminuyó tanto sus visitas a Serafín, que Inocencio tuvo la satisfacción de quejarse en broma de su abandono.

¿Y Serafín Giunti a qué altura se encontraba?

Intentando por instinto alguna salvación, había presentado en casa del comerciante quebrado un chivo expiatorio, que fué otra vez el sedero de Monza; pero no parecía abrir brecha en el corazón de Angélica.

Esta iba cada día a la iglesia y no parecía pedir a Dios más esposo que su hijo Jesucristo.

Pero no era esta clase de boda la que el padre quería.

Éste se sentía próximo a la tumba, y la idea de que su hija, que había sido un esplendor, tuviese que encerrarse en un convento apenas se hubiese él marchado al otro mundo, atormentaba sus últimos días.

Con frecuencia abría su ánimo inquieto al buen amigo Serafín.

- Ésta, le decía, hubiera podido casarse cien veces, pero se ha obstinado en esperar siempre un partido mejor. Aun hoy creo que lo espera, cuando no está abrazada a su Jesucristo.

Tamañas herejías asustaban a Serafín, que no gustaba de chanzas groseras o sutiles sobre la doctrina de la Iglesia, y desviaba la herejía para hablar de otra cosa.

Pero seguía pensando:

«¿Acaso podría ser yo el mejor partido que Angélica espera?»

«Sí, Serafín; prueba y verás. Estás bien conservado; tu cara redonda no tiene una arruga; no eres calvo, por Dios; puedes arrancarte cada mañana una docena de canas sin empobrecer tu cuero cabelludo; si esperas que Angélica te busque, la verás consumirse como una candelita.»

Serafín Giunti se hacía a sí mismo este discursito dos veces al día, al meterse y al levantarse de su viuda cama, pero siempre le faltaba el valor de ir adelante.

¡Ah!, si el maldito sedero, fuerte e imbécil como un Hércules, no pedía la mano de la muchacha dentro de la semana, el domingo o a más tardar el lunes, la pediría él.

Así pasaban domingos y lunes, sin adelantar nada, cuando el astuto padre de Angélica se puso enfermo una noche, en presencia de los dos candidatos, mientras jugaban al tresillo.

— ¡Dios mío!, exclamó el viejo; ustedes dispensen.

— ¿Qué tiene usted?, preguntaron a la vez los dos Hércules.

Angélica se levantó y dijo tranquilamente:

— No es nada; le pasa pronto...

Pidió permiso para acompañar al padre a su cuarto, prometiendo volver en seguida.

Una vez solos, Serafín Giunti dijo al sedero:

— Esta pobre muchacha no tardará en quedar huérfana; y si entonces no ha encontrado marido se hará monja; por consiguiente, decidase usted o me decido yo.

Esto dicho, esperó valerosamente la contestación del sedero de Monza.

— La señorita Angélica no me quiere, como no me quiso su hija de usted.

Y aquel candidato infeliz, a quien siempre fallaba el matrimonio, casi lloraba al añadir:

— Estoy seguro de que a usted le dirá que sí en seguida; a mí me contestó que quería pensarlo.

Serafín ya no le escuchaba; había tomado su resolución.

Cuando el viejo volvió con su hija a decir alegremente que todo había pasado, Serafín Giunti, sin perder tiempo, murmuró a la muchacha:

— Quiero dar usted la receta para curar a su padre... ¿La quiere?

— ¡Ya lo creo!

— Venga usted acá un momento.

Y con una seña invitó a Angélica a sentarse aparte.

Serafín no sabía qué palabras decir, si en favor del sedero o por cuenta propia; pero en la turbación de sus ideas tenía una serenidad fatal.

— Oiga... ¿Oye?

— Ya oigo, contestó Angélica.

— Su papá está enfermo de impaciencia, y atormentado por la idea de que usted no se decide a tomar marido. ¡Cuesta tan poco elegir!.. Diga que sí al sedero... ¿No?.. Diga que sí a otro; diga que sí aunque sea a mí mismo, si no tiene otro pretendiente mejor. ¿No?

Pasó una amarga sonrisa por los labios de la muchacha; pero después de las dos últimas palabras, apenas murmuradas, Serafín Giunti, inspirado de nuevo, no procuró ya más que por sí mismo.

El sedero escuchaba al viejo, que le iba explicando el trastorno nervioso que le daba de continuo de algún tiempo a esta parte.

— Pues bien, sí, contestó Angélica con una risita nerviosa.

— ¡Oh! ¡Bravo! Y este sí ¿para quién es?

— Para otro. Resolveré esta noche y se sabrá mañana.

— De todas maneras ¡gracias!

Serafín y el sedero, al salir de casa de Angélica, bajaron la escalera sin decir una palabra, y el silencio les acompañó hasta la esquina.

— ¡He comprendido!, dijo el sedero al llegar a la puerta de Giunti; el desgraciado siempre soy yo.

Serafín extendió los brazos para dar a comprender que él no podía hacer nada y que toda la culpa era del destino, pero que no fuese a creer que el afortunado fuese él.

Y trató de explicar al sedero, para explicárselo a sí mismo, el nuevo concepto que se iba formando de aquella muchacha, que media hora antes había tenido en la mano su destino.

— Esa, ¿ve usted?, ésa siente por usted, y por mí, y por todos, la mayor indiferencia; parece querer al Señor, quizá le tiene un poco de miedo; mas en realidad se ríe de cuantos estamos en la tierra y en el cielo. Pero tenía derecho a vengarse de nosotros, que parecíamos hacerle una limosna al querer casarnos con ella, uno u otro.

— Yo no quería tener trazas de eso, declaró ingenuamente el sedero; me gustaba mucho, y eso es todo.

— También me gustaba mucho a mí; pero no puede usted imaginarse cuánto me alegro de hacerla casar con otro... ¡Oh, desgraciado a quien no conozco, gritó en la calle desierta, volviéndose hacia un farol lejano, te compadezco!

Rióse alegremente e hizo reír a su compañero de desventura.

XII

Cuando Serafín Giunti regresó a su casa, estaba tan impaciente por dar la noticia de la común derrota, que, a pesar de ser ya más de las once, y, a estas horas, sus tortolitos debían dormir su mejor sueño, se acercó a una ventana de la meseta de la escalera para ver si había luz todavía en alguna de las ventanas de la habitación de sus hijos.

Y viendo dibujados en el tejado de enfrente los cristales del cuarto matrimonial, sin asustarse por aquella cosa insólita, ni siquiera entró en su casa, sino que subió toda la escalera para detenerse jadeante a la puerta del nido.

Llamó con discreción, y en seguida Inocencio en persona vino a abrirle.

— Hubiera yo bajado a tu casa; esperaba ver luz en tu cuarto, dijo alegremente el cajero.

— ¿Qué ha sucedido?

— Nada de malo, ya lo ves; pero me parece que tú también estás contento, y aun no sabes nada.

— Sólo sé que la señorita Angélica se casa con otro, a quien todavía no conocemos. Calcula... el peligro que he corrido.

Inocencio había dado siempre a la manía matrimonial de su suegro el justo valor; le había parecido algo extraño que quisiera casarse precisamente con la antigua novia de su yerno, pero no tan extraordinario que viese en ello gran mal; y finalmente había pensado que el hombre generoso, de quien dimanaba toda su felicidad presente, estaba en el derecho de dar su propio nombre a una tontuela.

La gratitud, dulcísimo fruto de la misma planta que da la venganza, estaba tan arraigada en su alma que no admitía ni una indagación indiscreta.

Serafín Giunti era para él infalible en su generosidad.

Aquella noche, Inocencio recibió la noticia con una indiferencia olímpica.

— Siéntate, dijo a Serafín; tu hija está..., hace poco dormía, y si pudiese saber que estás aquí, saltaría de la cama para darte un beso.

Al decir esto, el joven marido mostraba una serenidad radiante y una sonrisa de conquistador que hubiera saltado a la vista de un ciego.

Serafín Giunti no vió nada y queriendo decir todavía algo más de la señorita Angélica, empezó:

— Me alegro de que esté bien; si duerme, déjmosla dormir... Te decía pues...

Pero de pronto penetró en su cerebro un rayo de luz capaz de trincar de golpe todo lo que quería decir.

— ¿Si estará?..

— Está, está... afirmó Inocencio; pero asustado de su orgulloso atrevimiento, añadió con tono más humilde: al menos así lo espera; y él médico también; yo quiero estar seguro.

Serafín Giunti declaró que hacía muy bien, que no había necesidad de abrir paso a la duda; quiso que le fuesen explicados rinuciosamente los síntomas, después de lo cual se levantó para besar en la frente a su hija que le había hecho abuelo.

La señorita Angélica fué enteramente olvidada por el momento.

Pero se anunció a la mañana siguiente con estas palabras disparadas a quemar ropa contra Serafín Giunti.

«He pensado esta noche última y hasta me he convencido de que el otro podría ser usted, como quizás ha adivinado. Pero si quiere hoy como ayer, le espero en casa.»

Y nada más; ni *caro amigo*, ni *su afectísima*, ni siquiera la firma; pero había sido portadora de la carta la gruesa criada de Angélica; que la había traído dentro de la cesta de la compra; y esta mujerona, después de haber puesto a descubierto a los ojos de Serafín la tajada de solomillo de vaca, las zanahorias y demás comestibles destinados al almuerzo y a la comida, estaba dispuesta a dejar registrar la cesta y toda su persona para añadir que la señorita le había recomendado que entregase la carta al señor en persona.

Serafín recibió la descarga sin decir ¡ay! en presencia de la criada; pero lo dijo apenas ésta se hubo marchado.

— ¡Ay!, ¡pobre de mí!

— ¡Ay, pobre de mí!, repitió a Inocencio. ¿Quieres saber lo que me pasa?.. Ayer no quería saber nada...

— ¿Quién?.. ¡Ella!

— Y hoy, en cambio... Pero quizás oí mal, ayer. Ella me escribe: «Como quizás habrá adivinado.» No, yo no había adivinado nada; había creído firmemente lo contrario. ¡Ay, pobre de mí!

Pero mientras tanto pensaba:

«¡Vamos! La gran desgracia, que un hombre bien encaminado hacia la cincuentena se case con una bellísima joven de veintidós años. Afortunadamente, la víspera, no había podido decir a Inocencio todo cuanto le bullía en la cabeza en su extraña alegría: esto es que la señorita Angélica tenía un temperamento de hielo, incapaz de procurar la felicidad al que se hubiese unido a ella para toda la vida.»

— Alegrémonos, hubiera dicho en conclusión ayer, porque hemos escapado ambos a la misma pena.

— Pero si tanto te aflige, dice hoy su yerno, ¿por qué has querido casarte con ella? ¿Por qué te casas?

La pregunta turbó al desgraciado, pero un momento apenas, el tiempo de descender a su alma, o a su propia dialéctica, para repescar un razonamiento muy usado, pero bueno todavía:

— Me caso con ella porque he querido casarme, y he querido casarme con ella porque me había cautivado a mí como a los demás... Y ¿quién sabe? Quizá no es verdad que yo esté afligidísimo, a menos que alguien vea con malos ojos...

— ¿Piensas por ventura que eso puede disgustarme? No lo creas.

— ¡Mejor! ¿Pero cómo está Juana? Vamos a verla, si está despierta.

La enferma se encontraba muy bien, y estaba tan despierta que al oír la pregunta de su padre, contestó ella misma diciéndole que entrase.

Y el padre entró, no ya con el aire solemne de un abuelo prematuro; porque esta novísima calidad era combatida por la otra de esposo tardío, y dijo muy buenas palabras, y dió muchos consejos prudentes.

Apenas hubo salido del cuarto de sus hijos, al bajar la escalera volvió a leer la carta de la señorita; repitió varias veces la lectura durante el día, y al anochecer se fué como un sonámbulo hasta la puerta de Angélica.

En aquel punto se le presentó otra vez la gran duda; podía huir y no dejarse ver jamás; podía andar dos pasos, saltar la balastrada del rellano del tercer piso y precipitarse en el vacío; pero su mano encontró el botón eléctrico, y el timbre sonó desesperadamente.

¿Qué has hecho, Serafín Giunti?

Al día siguiente, la señorita Angélica, acompañada de su padre, fué a visitar a la esposa de Inocencio; entrambos se mostraron muy amables, tanto que Juana se lamentó de no haber conocido antes a aquellas dos excelentes personas.

Y dos días después, habiendo ido sola a devolver la visita, se afirmó todavía más en la misma opinión, tantas fueron las caricias y los besos de su futura madrastra.

— Tiene un alma afectuosa y tierna, dijo a su marido a su regreso en casa; tú la juzgabas mal.

— Sí, siempre ha sido una gatita graciosa; ahora juega a la mamáita; contestó Inocencio riendo.

— ¡No seas malo!

XIII

Pocos días después, Inocencio fué alegremente al despacho de su antiguo principal, como solía hacerlo cada semestre, a pagarle los intereses de su deuda, y fué más alegremente que de costumbre porque, además de los intereses, llevaba sus ahorros de todo un año, y cinco mil liras dadas por Serafín Giunti a otro Serafín, concebido apenas, para que las emplease en lo que mejor le pareciera; y como el otro Serafín (o Serafina, porque ni aun se conocía su sexo) no hubiera podido disponer de un céntimo hasta los veintiún años de edad, hizo un préstamo a su padre.

Con esta cantidad Inocencio acababa de pagar la mitad de su deuda; a este paso, y aun apretándolo un poco, como podía esperar, dentro de cinco años no debería un céntimo; podría empezar vida nueva y ahorrar para los hijos.

Otro hubiera podido hacerse grandes ilusiones sobre la riqueza del suegro, pero Inocencio no; en seguida había comprendido que Serafín era demasiado joven y un día u otro se descolgaría con la segunda mujer; siendo ya cosa hecha, o poco menos, Inocencio debía contar, más que nunca, consigo mismo.

Aquel día, después de haber entregado la cantidad al buen Silioli, que parecía engordar a cada nueva restitución, tropezó con el Sr. Rampichini, tan flaco y tan descolorido como siempre, y siempre víbora a su manera.

Se hacía el desenvuelto, y por no tener que dar la mano, se la estrechaba con la otra a la espalda.

— ¿Cómo está?.. Me alegro de que siga bien. Ha venido a pagar... Usted ha sido siempre puntual. Pero ¿quién hubiera pensado semejante cosa? ¡Tantos años de trabajo porque otro le metió mano en el bolsillo!

— Sí; había sido un dolor; e Inocencio volvió a recordarlo para sentirlo un momento; pero después preguntó alegremente:

— ¿Ahora ya no tiene usted ninguna duda de que yo hubiese sido mi propio ladrón?

(Se continuará.)

BARCELONA. SALÓN PARÉS
ACTUALIDADES ARTÍSTICAS



La maja del abanico,
dibujo de Irene Narezzo Dragone de Beltrán



La distinguida pintora Irene Narezzo Dragone de Beltrán, que ha expuesto recientemente algunas de sus obras.



La enlutada,
cuadro de Irene Narezzo Dragone de Beltrán

Recientemente se han inaugurado las exposiciones artísticas del presente año en el clásico Salón Parés, habiendo sido la primera la del pintor Octavio Bianqui, que ha exhibido cuarenta y cinco cuadros, en su mayoría paisajes y marinas.

Desde que expuso por primera vez en 1913 hasta la fecha, Octavio Bianqui ha ido afirmando su personalidad, sus sentimientos artísticos se han depurado y se ha perfeccionado su técnica.

«Llevamos como bandera inmarcesible el Arte — decía en el catálogo de las obras últimamente expuestas en el Salón Parés — y al contribuir con nuestros pobres esfuerzos a hacerle vibrar para servir sus encantos a las multitudes, nos hallamos poseídos de lo sagrado de nuestra misión impuesta y nace en nosotros una fortaleza mística de adoración para hacernos fuertes y luchar.»

blo, del campo iluminado por los rojizos resplandores del sol en su ocaso o envuelto en una atmósfera borrascosa.

Los paisajes y marinas son no sólo de Cataluña, sino también de Cartagena, de Madrid, de Pravia, de Oviedo, de Santander y en todos ellos conserva el carácter peculiar de las respectivas regiones, dando con ello prueba evidente de que no se limitó a observar su-

ces que sus cuadros son «temblorosos de ingenuidad y de emoción», que «ama las notas plácidas, los acordes tranquilos, los ojos serenos y también los enigmas femeninos», y que «la misma unción tranquila que pone en los cuadros de figura, presta a sus notas de paisajes la idealidad soñadora y el éxtasis alucinado».

«Antes que momentos de aire y de luz sobre la Naturaleza — añade el propio crítico — son estos paisajes estados de alma, vistos como al través de un cristal enturbiado por la lluvia, como a través de unas lágrimas gratas, de felicidad. Y todos ellos, lo mismo los retratos de mujeres que los paisajes, tienen de-



El bebedor, cuadro de Rogelio López

Fiel a tan elevado ideal, Bianqui se extasia ante la naturaleza y sabe reproducirla en sus lienzos con una sinceridad y una sobriedad dignas del mayor elogio, dándonos una visión hondamente sentida del bosque, de la playa, de la solitaria calle de un pue-

atención que se concentra principalmente en aquél.

Después de Bianqui, ha expuesto en el Salón Parés Irene Narezzo Dragone, esposa del celebrado pintor Federico Beltrán y Massés, de quien ha dicho el competente crítico y cultísimo escritor José Fran-



Pinos de Vallvidrera, cuadro de Octavio Bianqui

perficialmente lo que a sus ojos se ofrecía, sino que, además, supo ahondar en el verdadero espíritu de la naturaleza en sus distintas manifestaciones.

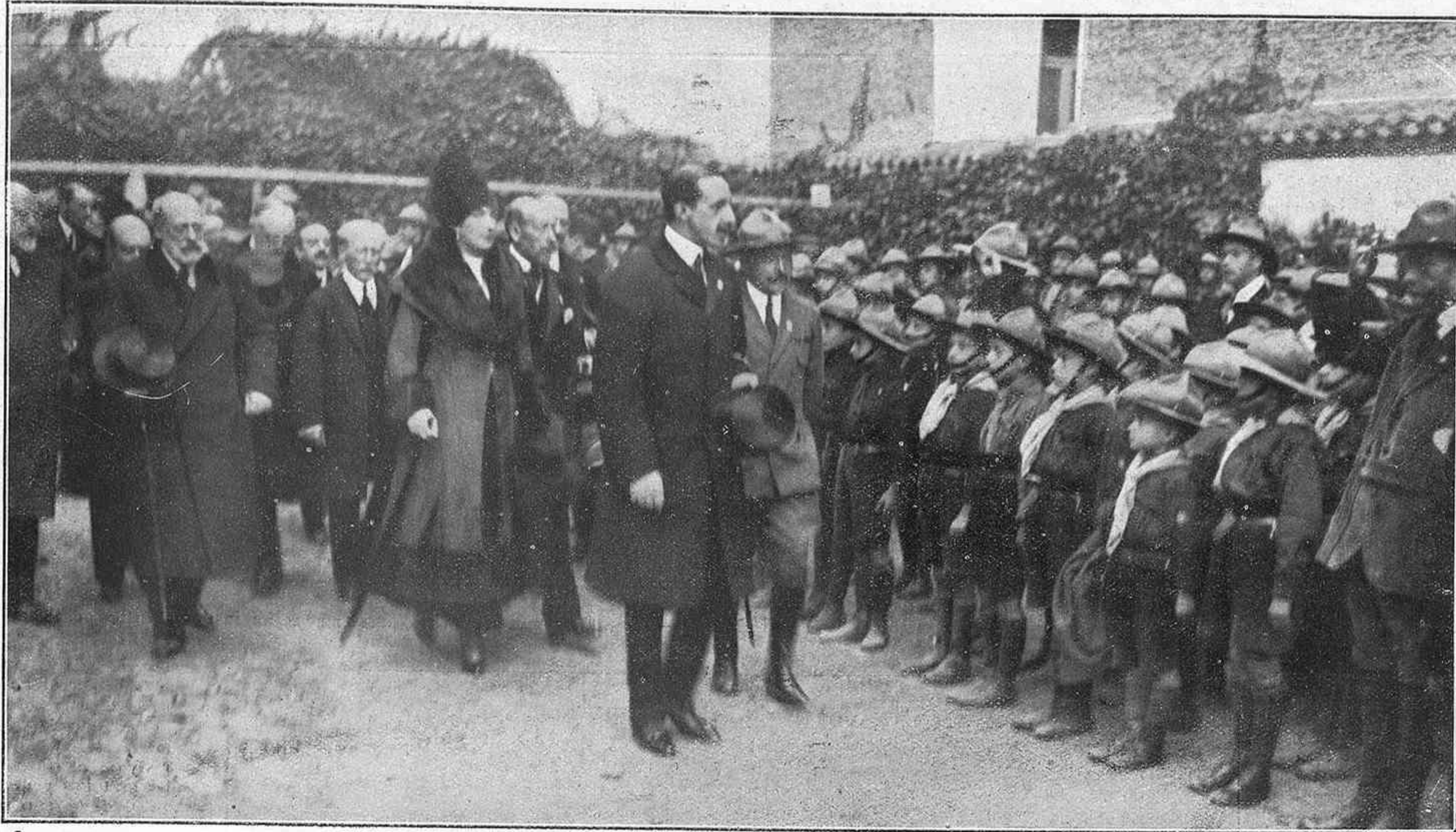
Bianqui se nos presenta también como notable retratista; en sus retratos, especialmente el de su padre, hay gran fuerza de expresión y de sentimiento, y las figuras se destacan admirablemente del fondo sin que los accesorios distraigan la

atención que se concentra principalmente en aquél. Después de Bianqui, ha expuesto en el Salón Parés Irene Narezzo Dragone, esposa del celebrado pintor Federico Beltrán y Massés, de quien ha dicho el competente crítico y cultísimo escritor José Fran-

talles de un primitivismo encantador, de una sutilísima inocencia, mucho más laudable que bastantes maestrías técnicas.»

Cuanto han visitado la exposición del Salón Parés han podido apreciar estas cualidades que Francés señala en Irene Narezzo y observar desde luego en los once cuadros, en los cuatro dibujos y en las varias notas de color en aquella exhibidos, que la característica de estas obras es una exquisita sensibilidad, una percepción intensa del alma de las figuras.

El cuadro de Rogelio López, *El bebedor*, que reproducimos adjunto y que ha estado expuesto también en el Salón Parés, es una obra vigorosamente ejecutada. La figura está muy bien trazada y lo mismo en su actitud que en la expresión de su rostro se ven los desastrosos efectos que en aquel desdichado ha producido el abuso del vino.



Madrid. Inauguración del Club de Exploradores. - SS. MM. los Reyes D. Alfonso y Doña Victoria pasando revista a los exploradores (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

Con asistencia de Sus Majestades los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria se inauguró solemnemente el día 1.º de este mes el Club de los Exploradores de la zona Este de Madrid fundado por el Comité provincial para fomentar entre los jóvenes que forman parte de la institución la afición al estudio y al trabajo, poniendo a este efecto a su disposición un local en donde se reúnan diariamente asistiendo a conferencias instructivas, practicando sanos ejercicios y, en una palabra, completando bajo una acertada dirección la educación que reciben en sus excursiones. En los jardines del Club hay establecidos campos de tiro, de *foot-ball* y otros varios deportes.

Los Soberanos a su llegada fueron recibidos por el ministro de Instrucción Pública, el gobernador civil, el alcalde, los duques de Tamames y de San Pedro de Galatino, presidentes respectivamente del Consejo nacional y del Comité provincial; el conde de Castillo Fiel, presidente interino del Club, y otras distinguidas personalidades. Los Reyes pasaron revista a las tropas de los exploradores, que estaban correctamente formados y saludaron a Sus Majestades con los característicos hurras, interrogando D. Alfonso a varios muchachos y a algunos instructores acerca del tiempo de su permanencia en la institución y de otros interesantes detalles.

Después de la revista, las augustas personas visitaron el pabellón en donde están instalados el gimna-

Una hermosa cabellera mantenida con el PETRÓLEO GAL es el mejor adorno de la mujer.

sio, el almacén, los talleres de carpintería y herrería, el salón de dibujo y el gabinete fotográfico. Tanto las mesas como los trabajos de la instalación de los distintos instrumentos y máquinas y el decorado de las habitaciones han sido hechos por los mismos exploradores bajo la dirección de los jefes de tropa e instructores Sres. González Pons, Pellicer, Nacarino y Llopis.

Pasaron luego Sus Majestades a otro pabellón en donde hay las salas de visitas, el despacho de la dirección y el salón de conferencias; y en este último, que tiene en el fondo un bonito escenario, el Rey, después de haber escuchado un breve y sentido discurso de salutación que pronunció el Sr. Cuyás, impulsó la estrella de antigüedad a los exploradores y jefes de tropa procedentes del primer grupo de *boy-scouts* que hubo en Madrid, y para todos los cuales tuvo S. M. frases de elogio y cariñosas excitaciones para que persistiesen en su amor a la institución.

Terminado aquel acto, durante el cual los demás exploradores cantaron en el jardín el Himno del Explorador, los Soberanos visitaron la biblioteca y el pabellón destinado a ejercicios de esgrima, y desde un mirador presenciaron el desfile de las diferentes patrullas, que resultó brillantísimo.

Al partir los Reyes en automóvil prorrumpieron de nuevo los exploradores en entusiastas hurras y el numeroso público que había asistido a la ceremonia en calurosos vivas y aclamaciones.

BARCELONA. - VIAJE DEL EXMINISTRO SR. BERGAMÍN. (Fots. de A. Merletti.)



Tarrasa. - Bendición por el obispo Dr. Reig de los nuevos talleres de la Escuela Industrial. - El Sr. Bergamín presidiendo la solemne sesión inaugural de los nuevos talleres

Cinco días ha permanecido en nuestra ciudad el ilustre político y exministro de Instrucción pública Sr. Bergamín y durante su breve estancia en Barcelona ha asistido y tomado parte en tantos actos que es imposible, dado el escaso espacio de que disponemos, reseñarlos con la detención que por su importancia merecen.

La noche del día de su llegada, 29 de octubre, dió en el Ateneo Enciclopédico Popular una notabilísima conferencia sobre los problemas relacionados con la enseñanza de los oficios y las cuestiones del aprendizaje en España.

Al día siguiente visitó la Escuela Especial de Intendentes Mercantiles, en donde pronunció un elocuente discurso glosando las reformas que en la enseñanza introdujo cuando desempeñó la cartera de Instrucción Pública, y después de haber concurrido a un banquete con que le obsequió en Miramar el profesorado de aquella Escuela, dió en el Instituto de cultura y Biblioteca Popular de la Mujer una hermosa conferencia, en la que se extendió en profundas consideraciones sobre la Fe, la Esperanza y la Caridad y sobre lo que debe



Barcelona. - El Sr. Bergamín (x) en la Escuela especial de Intendentes Mercantiles

ser la educación femenina. El día 30 presidió las aperturas del curso de la Real Academia de Ciencias, de las conferencias del Comité de Doctores y de las clases profesionales gratuitas y de la Escuela Libre de Comercio instalados en el Casal Popular, en donde, además, se le hizo entrega de un pergamino con el título de socio honorario. En todos estos actos pronunció notables discursos.

El día 31 efectuó una excursión a Tarrasa con objeto de asistir a la bendición, que dió el obispo Dr. Reig, e inauguración de los nuevos talleres de la Escuela Industrial y al reparto de premios a los alumnos del mismo. Por la noche visitó el domicilio de la Sociedad de Coros de Clavé, de la que es socio honorario.

Al día siguiente estuvo en la ciudad de Sabadell, en donde visitó el palacio del Gremio de Fabricantes y los edificios de la Caja de Ahorros y de la Escuela Industrial, y por la noche

regresó a Madrid. El Sr. Bergamín ha sido en todas partes agasajado por las autoridades y por las entidades que se han honrado con su visita.

LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT

Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

Paris
Date de 1849

PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS - St-Denis, 16

PARA CURAR SIN MOLESTIA CALLOS Y DUREZAS CALICIDA ESCRIVÁ

ES EL ÚNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

EL INGENIOSO HIDALGO
Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. - Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. - Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos sexuales, alcohólicos, pesares, estudios, & vicios sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida a la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

AVISO A LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS DRES JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE ANEMIA ESCROFULISMO NEURASTENIA INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el El más activo y económico, el único Inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts. Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN